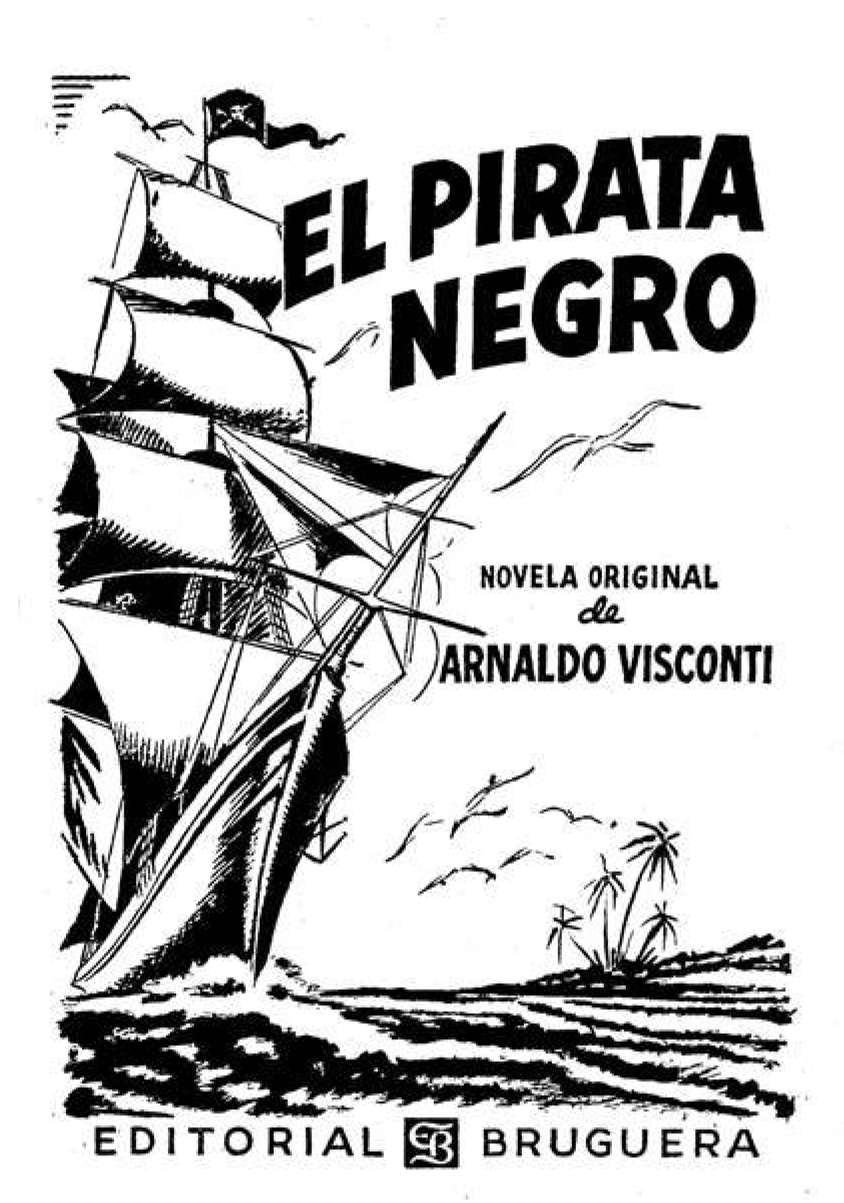
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

ENEMIGOS IRRECONCILIABLES

3 PTAS



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Enemigos irreconciliables

Colección El Pirata Negro n.° 26

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


ENEMIGOS
IRRECONCILIABLES
por
ARNALDO
VISCONTI

CAPÍTULO PRIMERO

Los presagios de la arena

La atmósfera semejaba ondular vibrando bajo los cálidos rayos del sol, que conferían crudezas hirientes a los blancos muros de las pequeñas casas del poblado tunecino.

El intenso azul del cielo y del mar convertían el poblado de Kalaat-es-Saam a la hora de la siesta, en una ciudad momificada de cuadriláteros de yeso envueltos por fajas de olivares. Sin embargo, para dos jinetes no debía de constituir una imperiosa necesidad habitual el tenderse a aquellas horas, porque procedentes del Dahar, dirigían sus monturas al trote hacia el extremo del poblado.

Descabalgaron ante una covacha, donde un redondo orificio oficiaba de puerta, y de cuyo arco pendían pieles de cordero.

El Pirata Negro apartó los pliegues de su capa árabe y Bruno Bronzo examinó la covacha.

—Aquí es donde recientemente me aconsejó Yag-Djema que viniese antes de emprender nuestro viaje hacia Dragut-explicó Carlos Lezama —. Según parece, la anciana que aquí vive es una tal Sélem, que goza de gran prestigio entre los tunecinos. No creo en magias ni en sortilegios; pero en estas regiones alienta a veces un especial misterio algo opresivo, y a veces alucinante. Supongo que será obra de estos cielos que, por muy azules que sean, no impiden que todo cuanto nos rodee adquiera algo de enigmático que no se halla en otros lugares de la tierra.

Bruno Bronzo, el corso, guardó silencio, porque no quería manifestar que por su nacimiento pertenecía a una comarca donde la “jettatura” y las supersticiones eran artículo de fe.

Antes de colocar la diestra en la cortina de pieles, el Pirata Negro añadió:

—El mensajero de Yag-Djema me afirmó que Sélem me recibiría como a huésped de honor, y que todos los secretos de su arte de pitonisa, me los revelaría. Intentar oír sin sonreír las palabras de una anciana, no es un gran sacrificio…

Apartó la cortina, entrando en el reducido recinto, donde una mujer sentada a la usanza arábiga, pareció no darse cuenta de que dos hombres acababan de entrar.

Limitóse a tender una mano descarnada hacia dos hacinamientos de pieles de cordero.

—Soy Sélem, la que lee en la arena y conoce el pasado, el porvenir, lo aparente y lo oculto-salmodió lentamente con voz ronca.

Mientras se sentaba, Carlos Lezama observó a la pitonisa, que continuaba encorvada mirando un gran pañuelo rojo cubierto de fina arena.

La vieja tunecina era negra, y por eso resaltaban aún más los mechones grises de sus cabellos, por entre los que asomaban dos orejas cubiertas de vello y de enormes lóbulos…

—Yag-Djema me aconsejó que te visitase, Sélem.

Ella no contestó directamente, sino que hizo una alusión a la obscura profecía según la cual el salvador del mundo musulmán, el "mah´di" vendría del Oeste; pero a continuación sus palabras adquirieron más concreción:

—… y tú también has nacido a la hora del sol, hombre blanco. En tu frente hay penas, y tu sonrisa nace de pesadas amarguras. Has sido y serás muy amado. En tus ojos hay la impetuosidad de un carácter dominante. Luchas, como otros beben o fuman "kif". Nada te detiene, pero, estás en los umbrales de un camino lleno de peligros…, No crees en mis palabras, aunque tu actitud es respetuosa porque eres noble y no te burlas de una vieja negra. El bondadoso Yag-Djema me pagó generosamente para que iluminara tu camino, capitán Astucia.

—Te confieso que soy un ignorante de vuestras costumbres, Sélem. Pero sé que en tus palabras alienta el deseo de serme útil. Cuanto me digas, lo escucharé con atención.

—En el rostro de tu compañero, leo su pasado. ¿Cuál es tu nombre, hombre de ceño atormentado y labios silenciosos?

—Bruno Bronzo-dijo el corso con cierta expresión de recelo.

—Dime el nombre de tu madre.

—Margarita.

—En el día del juicio, cada uno será llamado por el nombre de su madre-y mientras hablaba, Sélem fué apoyando los dedos sobre varias letras trazadas al buril en una plancha de madera con los signos del zodíaco —. Amaste, y a cuantas has amado les trajiste la desventura, sin proponértelo. Vas en busca de la muerte para reparar la última desventura que acarreaste a la última mujer que has amado.

Bruno Corso, adelantó el busto con ansiedad:

—¿La hallaré a ella, Sélem? ¿Vive?

Inclinóse la anciana negra sobre-el pañuelo de arenas.

—Al mezclarse la arena —dijo lentamente mientras sus dedos se hundían ágilmente entre las minúsculas piedrecillas—, ella hablará...

Los ojos de la vieja pitonisa miraron repentinamente al corso, con una indefinida expresión de horror en las pupilas...

—No te importe-dijo Bruno Bronzo ceñudamente —. Habla; dime lo que has leído en la arena.

—¡Oh, hombre! —balbució la negra—. Toda tu vida transcurrirá en una tediosa ansia de encontrar lo que buscas... Y si lo encuentras, procura no perderlo...

—Pero... ¿vive ella?

—Vive... y te odia. Pero quien preside nuestros destinos, es sabio.

La vieja miró al Pirata Negro, que ensereció el semblante.

—No crees en mí, capitán Astucia. Tras tu frente está el pensamiento de que tú vencerás a las asechanzas del destino. Vas a internarte en el Dahar, y hallarás a los enemigos irreconciliables. Salvajes son los diablos de las montañas que luchan a muerte con los hombres del mahometano Dragut, de Rodas. Crueles son ellos y despiadados. Pero-y bajó la voz hasta casi convertirla en un susurro-teme sobretodo a los del país del “litham”: los tuaregs nómadas. Los reconocerás desde muy lejos, porque uno de los caracteres físicos por los cuales un targui puede reconocerse entre mil, es su andar, grave y lento, a grandes pasos, con la cabeza muy alta.

—Esos son los peligros de todo camino de aventura, Sélem. Hablaste de Dragut. Necesito hallarlo. ¿Sabes dónde reside?

—Se oculta en la comarca de los “chotts”, los lagos salados del Dahar. De ahí parte para sus incursiones piráticas. ¡Mal hombre sin alma, cuya cabeza engendra crímenes continuos!

El Pirata Negro extrajo de su cinto el amuleto que le había entregado Yag-Djema, y, 1o tendió a la anciana, que pareció adormilarse ante el objeto aplanado y pesado cubierto de jeroglíficos.

—Es el Askri-dijo con voz remota —. Conduce al tesoro de Haroun-el-Raschid, que tantas muertes ha causado. Este Askri te conducirá a la gruta milenaria, de nácar, donde tan sólo una luz mágica te permitirá descubrir, por el fuego y por la sangre, el misterioso tesoro del califa Haroun-el-Raschid. Es un pozo muy obscuro, demasiado obscuro sin la luz mágica...

—Dime cuál es el camino que debo seguir para llegar a la caverna mágica, sin luz o con ella.

—No lo sé. Pertenece al azar, que a un espíritu valiente como el tuyo puede rendirse, Pero vete hacia los “chotts” si quieres hallar a Dragut, y por allá tendrás noticias del pozo mágico. Yag-Djema me ha enviado las palabras escritas en tu lenguaje, que traducidas del árabe, contienen el secreto del tesoro. Pero por más que las leas, antes que tú, miles de ojos las han leído, y no supieron averiguar su misterio.

De entre los innumerables pliegues de su vestido, sacó la vieja un crujiente papel, que fué leyendo con lenta salmodia:

“El Djebel-Trozza, la gran región montañosa del Dahar, fué conocida por los gladiadores de un pueblo que vino en afán de conquista bajo un emblema de águila y citando a un César. Murieron abrasados, pero con sus huesos calcinados dejaron testimonio de su paso, en numerosos intentos de canalización socavando las entrañas de montes.

“La tierra que ellos llamaron Ifrikia, siguió siendo escenario de motines y rebeldía hasta la invasión, y muchos conquistadores para reposar entre los combates se hacían construir residencias en el interior del Dahar.

“Varias dinastías árabes, Abbasidas, Arlebitas, Fatimitas, crearon muchas de estas residencias, siendo las tres principales, las erigidas hacia el Poniente, cuyos nombres significaban una impresión repentina del paraje, o un anhelo: Abbassia, la Sumisa; Baggada, la

Durmiente; Sabrá, la Paciente Comprensiva...

"Entre las vicisitudes sufridas por entonces por la Ciudad Grande, la más extraña es la que libró hacia el año mil al Bereber conocido por el apodo de "Bou Hemar, el hombre del Asno".

"Vino por la Ruta: La que enlaza, sin visibilidad para los no iniciados, la Blanca con Túnez, por Sbiba y Kairouan, la ciudad que fué mucho tiempo el objetivo de todas las invasiones árabes de Oriente o las de Occidente.

"Vencedor del segundo califa fatimita Bou Hemar, conquistó Kairouan. Después fué derrotado y capturado hacia Sbiba, y traído a la capital reconquistada en una jaula, izada a lomos de un camello.

"Un gran tesoro en denarios de oro y joyas había caído en manos del aventurero. Era el tesoro sin igual de Haroun-el-Raschid, al que se había acumulado el de sus lugartenientes o sucesores en Raggada y Sabra.

"¿Qué hizo Bou Hemar con los veintinueve millones de denarios y los treinta y dos quintales de joyas?

"Según los historiadores árabes, el vencido los habría escondido en el Djebel-Trozza, bajo el cauce de un arroyo desviado por esclavos en equipos. Y cada vez que se relevaba uno de los equipos, los guardianes los degollaban, y más tarde esos guardianes fueron a su vez degollados por el propio Bou Hemar.

"Pese a las torturas, nada reveló Bou Hemar, porque se arrancó él mismo la lengua de un mordisco, escupiéndola al rostro de los que le intentaban sonsacar el lugar donde había ocultado las fabulosas riquezas de Haroun-el-Raschid.

La vieja, dobló el papel, que entregó al Pirata Negro.

—Es para ti. Yag-Djema te lo cede.

—El Djebel-Trozza es, pues, la comarca que...

—Son todas las montañas del Dahar. Miles y miles de leguas de peñascos.

—Este mensaje tiene, pues, la misma vaguedad. Porque lo he escuchado atentamente y no consigo comprender con qué finalidad fué escrito. Dice muchas cosas, pero sin ilación.

—Muchos sabios han intentado descifrarlo, porque entre sus líneas y por palabras distintas, puede formarse la frase que te ha de conducir al hallazgo de la luz mágica.

—¿Tu arena puede revelar si es cierto que existe ese tesoro?

—Existe. No lo dudes. Y por lograrlo han muerto miles de seres. Tú eres el solo que está en poder del Askri. Pero en el Dahar nada permanece secreto. Pronto sabrán otros que tú posees el Askri.

La vieja besóse los dedos, aplicándoselos en la frente y en el corazón.

Levantáronse los dos hombres. Sélem significaba que la audiencia había terminado, y que su mutismo era ya inquebrantable…

CAPITULO II

La caravana

A treinta leguas del poblado de Kalaat-es-Saam, y en el oasis de Oued Djerid, reuníanse de nuevo los piratas del “Aquilón”, después de su reciente combate en el que habían vencido con pasmosa facilidad a las fuerzas del pirata Sinau, el judío de Esmirna.

Obedeciendo las instrucciones recibidas, el andaluz “Piernas Largas” había hallado para el “Aquilón” un escondrijo entre los altos acantilados de un paraje cercano a Kalaat-es-Saam, dejando a bordo a cinco piratas que habían formado la “barrera de pólvora”, ardid con el que quedaba imposibilitada toda acción encaminada a apoderarse del velero. Además, el propio Yag-Djema había prometido que todos sus hombres entrarían en lucha si era preciso para facilitar la huida del velero en el improbable caso de un ataque.

“Cien Chirlos”, envuelto en sus ropajes árabes, era observado críticamente por el chiclanero:

—Te favorecen estas galas, carota fea. Con el velo negro, al no poderse ver tu jeta, ganas en hermosura.

—Vivía yo tranquilo sin oirte rebuznar-gruñó “Cien Chirlos”.

—¡Cuento! ¡Si cuando no estoy a tu lado, suspiras de pena, so feo! Lo que me alegra el ánimo es pensar que no vamos a tardar en entrar en nueva jarana. ¿Has visto lo blandengues que son esos enturbanados? Son tontos de remate. Yo te aseguro que toda esta bandada de sábanas quo se llaman piratas bereberes, allá en el Caribe no habrían servido ni para cocineros.

—Es que “él”, vaya donde vaya, allana todas las dificultades.

—Vas progresando en el lenguaje desde que estás cerca de “él”. Oye: y ese tipejo largo y de rostro de juez que anda con “él”, ¿quién

es y qué tal te parece?

—Es un corso llamado Bruno Bronzo, que es caballero y no dice “esa boca es mía”. Pelea como un jabato, y maneja el pincho con mucho talento. Pero, por lo que he oído, tiene que morir en el desierto.

—¿Por qué no se va, entonces, donde más lejos le coja, lejos de arenas y soledades? En fin, cada hombre es un problema... Me refiero a los demás, ¿sabes? Tú y yo no tenemos problemas.

En la lejanía, procedentes del litoral, se siluetaron dos jinetes, y poco después, el Pirata Negro y Bruno Bronzo descabalgaron en el oasis.

Formados en tres hileras, los piratas, revestidos de sus blancos albornoces y semicubiertos los rostros por el tupido velo negro que les dejaba tan sólo visibles los ojos y la frente, se dispusieron a escuchar las frases con las que el Pirata Negro les ponía en antecedentes, siempre que se iniciaba una nueva empresa.

—Hay ocasiones, mis valientes, en que os tengo que hablar sin tapujos. Estáis acostumbrados a oírme, y nunca os he tratado con excesivas consideraciones. Pero acabo de oír determinados presagios que me obligan a acentuar las naturales advertencias que habitualmente os hago.

El Pirata Negro señaló sus propias vestiduras:

—Si vestimos ropas que no pertenecen a nuestra raza, es porque para poder transitar libremente por estos parajes, nuestros harapos de bribones hubieran sido, no manifestación de audacia, sino exteriorización de vehementes deseos de ser aniquilados rápidamente. Vestidos como siempre, apenas hubiésemos pisado este suelo, nos habrían caído encima nubes de hijos del Profeta. Fijaos en aquello...

El Pirata Negro señaló en la lontananza, donde lentamente desfilaban por las cúspides de las lomas arenosas de unas dunas, varios árabes acurrucados en lo alto de sus camellos...

—Nos ven, pero siguen su camino, porque nos creen hermanos de raza: Hermanos temidos, porque nuestros velos de diablos de las montañas les inspiran una recelosa prudencia, que les aconseja alejarse del oasis. Hasta ahora, todo ha ido a pedir de boca. Cercano tenemos el mar, cercano está el velero, y siendo hombres de navegación, el contemplar las aguas azules nos reconforta. Pero

hemos de perder de vista la alfombra líquida. Otras veces nos hemos internado en terreno enemigo... Ahora os digo que nos hemos de internar en zonas prohibidas, donde a cada paso nos acecharán los más continuos peligros. No soy propenso a exagerar... Pero os afirmo que si yo estuviera en vuestro pellejo, me quedaría donde estoy.

El Pirata Negro, apoyados los puños en las caderas y con los brazos en jarras, abrió aún más el compás de sus piernas.

—Intentad comprender lo que os iré exponiendo. El Dahar, este inmenso campo sin más cultivo que arena montada de vez en cuando por zonas pedregosas, y raramente por algunos oasis de agua fresca y sombras de palmeras, es el primer obstáculo y el más amable. Tan amable, que nos brinda una posible muerte lentísima, resecas las fauces por la sed y retorcido el estómago por calambres... Nos brinda la contemplación de nuestros propios cuerpos esqueletizándose, pegadas las bocas hinchadas a la arena, y soñando con lluvias que no han de venir... Muchos abreviaremos nuestra agonía, hincando sin fuerzas nuestros puñales en nuestros cuellos y tratando de beber nuestra sangre que, por caliente, escupiremos. Agradable, ¿verdad? Pues bien, eso es lo de menos. El hostil elemento del Dahar, es el enemigo más clemente que nos espera.

El Pirata Negro hizo una pausa, y con la diestra señaló de nuevo sus vestiduras:

—Hasta ahora, el vestir esos trapos nos ha ayudado. No podemos abandonarlos, porque una caravana de bribones europeos sería pronto aniquilada por las otras caravanas. Somos, al parecer, diablos de las montañas. Pero en nuestra incursión vamos precisamente hacia tierras donde reinan los diablos de las montañas. Ellos sabrán bien que ni soy Tagarga, ni sois hermanos suyos. Dicen que los diablos de las montañas dominan a la perfección el arte de hacer gritar a un mudo. Conocen los secretos de torturas, cuya sola mención pone escalofríos en el dorso de un rinoceronte. Es motivo de gran pena entre ellos, el contemplar cómo un prisionero se muere después de siete días de tormentos refinados... porque opinan que el sabio torturador debe lograr que el martirizado viva cuando menos quince días, cumpliendo su misión de convertirse en un guiñapo sanguinolento, descuartizado

lentamente, Agradable, ¿verdad?

La brutal carcajada del Pirata Negro resonó en medio del más profundo silencio.

—Pero la sed, el hambre, las torturas... son ambrosía, delicias y alegren diversiones comparados con la mención de lo que nos espera si caemos en poder de los naturales del “país del litham”. Cuantos hablan de los Tuareg, sea en Kalaat-es-Saam, o sea en los confines más remotos y alejados de Africa, bajan inconscientemente la voz, Como si temieran que el solo hecho de citar tal nombre les fuese a acarrear los más horrendos suplicios. Id contando-y el Pirata Negro abrió los dedos de la mano izquierda, asiéndose con la diestra el pulgar —: sed y hambre, lentas agonías alucinadas por espejismos traidores... Uno. Los diablos de las montañas, experimentando en nosotros la resistencia a una serie de torturas escalofriantes, que llenarían de gozo a los piratas del Caribe, si conocieran esos secretos de habilidad. Dos. Y por último, los irascibles y temibles piratas del desierto: los tuareg.

La diestra del Pirata Negro señaló hacia “Cien Chirlos”.

—Avanza, guapetón, y contesta a mi pregunta: ¿no opinas que estamos perdiendo el tiempo internándonos en zonas prohibidas, cuando tan cerca están el mar y el velero?

—Cuando tú, conocedor de los peligros que nos anuncias, señor, quieres internarte en el Dahar ese de los mil demonios, es que persigues algo muy importante.

—Ya lo habéis oído, valientes. Vuestro segundo jefe opina que yo persigo algo muy importante. Os desengañaré: persigo a un tal Dragut, mahometano de Rodas, que se cobija con sus piratas en la región de los oasis salados llamados “chotts”. Quizás él mantenga cautiva a una prisionera blanca: una niña de corta edad, por cuyo rescate nos darán mucho oro en la española ciudad de Málaga. Pero es también posible que no la tenga en su poder, o haya muerto... y ¡adiós nuestro oro!

Bruno Bronzo era la primera vez que oía el especial estilo oratorio que empleaba el Pirata Negro para “animar” a sus hombres.

—La segunda meta que persigo, es un supuesto tesoro: El tesoro de un legendario árabe Haroun-el-Raschid. Si hallamos



Era una vasta extensión silenciosa...

este tesoro, podremos construirnos para cada uno veleros donde las velas sean hojas de oro aplanadas y los cascos estén formados por piedras preciosas engarzadas las unas con las otras. Pero... también puede muy bien ser que el tal tesoro sea tan sólo obra de la cálida imaginación oriental. Ved, pues, cómo están equilibrados los platillos de la balanza: por un lado una muerte nada agradable. Por otro, la posibilidad de lograr la fortuna más, abundante que jamás soñó mente humana. Os concedo el derecho de voto. El que desee volver al velero, que espere allí...

Y si tan sólo quedan dos hombres que estén dispuestos a acompañarme, con ellos me internaré en el Dahar.

Carlos Lezama volvió la espalda, apartándose unos pasos hasta arrodillarse en el manantial donde se refrescó el rostro, bebiendo después. Fué imitado por Bruno Bronzo, el Taciturno, quien al levantarse y mientras se secaba el rostro, dijo en voz baja:

—Nunca he mandado en aventureros, capitán Lezama. Pero ¿no crees que tu sinceridad es poco diplomática? Les has asustado...

—Prefiero ser sincero a tiempo. Así, después... mi sinceridad a nadie puede ofender.

“Cien Chirlos” y “Piernas Largas” se aproximaron.

—Habla tú, guapetón. ¿Qué votan los de tu grupo?

—Lo natural, señor. Contigo, a dónde sea.

—¿Y los del tuyo, chiclanero?

—Dicen que tú sabes lo que te haces, señor. Y que mandados por ti, se meterían en el centro de la tierra.

—Bien. Entonces… ahora oirás mi segunda sinceridad, Bruno Bronzo.

El Pirata Negro avanzó hasta enfrentarse con las tres hileras de hombres divididos en dos grupos, ante los que ya habíanse colocado de nuevo sus dos segundos.

—Bien, bribones —dijo el Pirata Negro con sardónica sonrisa—. Os relaméis los bigotes como el gato que huele a ratón. ¡Imbéciles! Los ratones vamos a ser nosotros… Pero claro, hay el tesoro de Haroun-el-Raschid y mucho oro, mucho oro… que no se puede beber ni comer en el desierto, ni puede evitar torturas, pero nos hará inmensamente ricos. ¿Y qué nos importa nuestro pellejo, con tal de ser capaces de amontonar oro para vaciar tabernas y enriquecer a mozas desenvueltas y fáciles de contentar? Habéis votado por seguirme y ya está echada la suerte. Ahora bien; al primero de vosotros al cual oiga gemir deseoso de beber vino refrescante o comer abundante tasajo, le patearé los labios… Llaman al camello el rey del desierto, porque es sobrio. Eso era antes… Antes de que nosotros nos metiéramos a exploradores del Dahar. Vais a ser unos camellos ejemplares.

El Pirata Negro, brillantes los ojos, indicó un amontonamiento de barrilitos y sacos que se apilaban en un extremo del oasis.

—Del velero he hecho traer provisiones: aquéllas. Están calculadas para un mes, a base de una ración prudencial. Nadie podrá sobrepasarla. Y si alguien, impelido por naturales deseos de comilón o borracho, se atreviera a hurtar un pedazo de galleta o sorber una gota a hurtadillas, tendrá una suerte envidiable: lo mataré yo, evitándole posibles tormentos que, a no dudar, le concederían los enemigos irreconciliables que son los diablos de las montañas y los tuaregs.

El Pirata Negro adelantóse unos pasos y desfiló por entre sus hombres. De vez en cuando tocaba a alguno en el pecho…

Regresó a su lugar.

—Los que he empujado, que empiecen a desvestirse

abandonando los blancos trapos. Han de quedar tan sólo con las calzas de marinos.

Aguardó unos instantes hasta que su orden quedó cumplida. Contrastaban entre los restantes y supuestos árabes, los torsos y cabezas desnudas, de los que, aunque bronceados, veíanse a la legua que eran “blancos”.

—Vosotros, los que sois de nuevo bellacos infieles, perros odiados por la raza árabe, cargaréis con los sacos conteniendo las provisiones. Vuestra muñeca izquierda quedará al parecer atada a una larga cuerda, y en fila india seréis los cautivos que nosotros llevamos a través del Dahar, para ser vendidos. Por este procedimiento, creo que podremos, cuando menos, andar algunas leguas sin ser exterminados...

De su cinto extrajo Lezama el amuleto, que miró irónicamente:

—Y si este pedrusco no miente, a lo mejor llegaremos al Pozo Mágico, que es el Potosí africano...

CAPITULO III

Dos nómadas

La gran extensión de arena presentaba largos estremecimientos, que a modo de olas rasantes, dibujaba el sirocco en las dunas, por las que penosamente iba abriéndose paso la caravana.

Comprendían ahora los piratas por qué razón los caminantes del desierto cubríanse los rostros con un velo. Se evitaban la escocedura molesta del fino polvo en los labios y en los párpados...

En los tres primeros días de caminata, los oasis iban escalonándose con frecuencia, y por las noches, al abrigo de las palmeras, se efectuaba el cambio que hacía de los “prisioneros” del día, los guardianes del día siguiente.

Bruno Bronzo, a caballo y en compañía del Pirata Negro, iba al frente de la caravana.

—...y dicen que Haroun-el-Raschid era tan rico, que sus palacios eran de nácar-iba narrando el Pirata Negro —, sustentados por columnatas de mármol y marfil. Poseía bellas esclavas circasianas, que son las mujeres más bonitas del mundo. Le amenizaban la existencia músicos geniales... Todo estaba perfumado, y los vinos eran ambrosía; y hasta se dice que poseía loros que de día y de noche murmuraban: “¡Oh, el más grande de los sultanes!...”

El Pirata Negro rió con burlona entonación.

—Estoy por desear que alguno de esos loros viviera aún para que me revelase dónde se halla el pozo mágico.

Bruno Bronzo no tenía más que una obsesión, que, adivinada por el Pirata Negro, era la causa de que éste intentase distraerle de sus pensamientos.

Repetidas veces había ya hablado el corso de su obsesión, y volvió al mismo tema:

—Creí que a nadie le hablaría de Julia, pero hallo consuelo en verter mis confidencias en ti, capitán, Lezama.

—Con un riesgo, corso. Yo soy frágil y enamoradizo. Me has descrito tan a lo vivo a Julia de Groschetti, que ya no es para mí una imagen, sino una mujer a la cual creo conocer de años.

—Ni tú eres tórtolo que arrulla, ni gavilán que roba en nido ajeno, capitán Lezama.

—Pero soy pájaro solitario, corso, y quiero enamorarme. Y, según tú, Julia reúne todas las perfecciones.

—Sí. Es alta, esbelta... Sus rasgos son delicados y su andar grácil y majestuoso-y Bruno Bronzo repitió de nuevo la descripción de la duquesa —. Bella entre las bellas, juvenil... Sus ojos, como dos diamantes negros, y sus labios bermejos tienen la frescura del manantial virgen y altivo de las cumbres sin hollar...

—Me da sed esta comparación, corso. Cesa ya, y vuelve a tu taciturnidad. No podemos entregarnos a divagaciones, porque estamos ya en la etapa donde empieza el peligro. Los oasis están decreciendo, y se hallan muy distanciados los unos de los otros. Deseando estoy ya que aparezca algún diablo de la montaña, o algún pirata de Dragut, para que nos sirva de guía forzoso.

Pero la llanura desértica seguía y por más lejos que la vista llegase, siendo una vasta extensión silenciosa, no se veía ni una tienda de aduar, ni una bestia, ni la sombra de un ser humano...

Al amanecer del día siguiente y tras varias horas de marcha, una visión, que pareció surgir del suelo arenoso, tras coronar la cima de una gran duna, reanimó a los caminantes.

Veíase una meseta, estriada de abruptos abismos, semejante al cráter extinto de un volcán. Pero el Pirata Negro explicó a sus hombres lo que era una ilusión óptica del desierto, donde la refracción del sol amenguaba las distancias para la vista, y la meseta, que tan cercana parecía, en realidad distaba centenares de leguas...

A media tarde, mientras los piratas daban fin al frugal condumio y reposaban resguardados por la leve sombra de los camellos, quedó establecido el nuevo horario de marcha.

Andarían hacia el punto donde, por las constelaciones, se adivinaba la existencia de los “chotts”, caminando las noches enteras y reposando de día.

Aunque no lo manifestaba exteriormente, el Pirata Negro empezaba a inquietarse ante la prolongada ausencia de oasis a su paso.

Al sexto día de haber partido de Kalaat-es-Saam, y tras haber dejado a sus espaldas la meseta desnuda y agreste, árida y sin agua ni frutos, de nuevo una infinita extensión de arena tendióse ante la caravana.

Múltiples repliegues de dunas, desoladora soledad…

Fué "Piernas Largas", destacado como avanzadilla con tres piratas, el que señaló la presencia en lo alto de una duna de dos siluetas inmóviles, la una a pie y la otra a lomos de un caballo de las montañas, reconocible por su corta estatura y su negro pelaje largo.

Siguió avanzando la caravana, pero puesta sobre aviso por la mirada que les dirigió el Pirata Negro.

Las dos siluetas seguían inmóviles. Carlos Lezama espoleó su caballo hasta detenerlo frente a los misteriosos nómadas, que resultaron ser un hombre y una mujer.

Él, a caballo, tenía un aspecto intrigante: su tez era de mulato, y sus cabellos castaños; complementando el exotismo de sus ojos azules, le daban una apariencia poco corriente entre los de su raza. Porque se adivinaba, por su saludo y las palabras que después pronunció, que era argelino.

Una mancha blanca cubría en parte su pupila derecha. Tenía un perfil de esfinge…

—El proverbio dice que si posees mucho, ofrece de tus bienes; si tienes poco, ofrece tu corazón-dijo el jinete, saludando al modo de los nómadas argelinos —Soy Bedra, y ésta es mi hermana Bahía, virgen nómada a la que llevo hacia su prometido.

La aludida dirigió hacia el Pirata Negro sus pupilas de ágata, que, como la de los gatos, tenían reflejos dorados. Su carnación tenía la calidez del ámbar, como si los dátiles del desierto se macerasen en su hermoso cuerpo.

Su frente estaba cubierta por un fleco de negros cabellos ondulados.

El Pirata Negro correspondió al gesto de los dos nómadas hermanos besándose los dedos.

Un pañuelo de seda verde cubría a medias los largos y

magníficos cabellos negros de la argelina, cuyos anchos ojos de sombras, miraban con candorosa impudencia al Pirata Negro.

—Os vimos-dijo Bedra —, y si seguís nuestro camino, podemos formar caravana.

—Llevo cautivos, para vender a quien mejor los pague. ¿Hacia qué oasis os dirigís?

—Al de El Khoder, porque también llevo yo mi hermana a vender.

El Pirata Negro parpadeó, pero recuperó prontamente su dominio, recordando que era costumbre usual en el guerrero pobre, para obtener armas y dinero con la dote que pudiera lograr de la venta de sus familiares.

Mentalmente meditó que la llamada Bahía era hermosa… Y como si existiera cierta comunicación telepática, ella habló por vez primera, con voz melodiosa y titubeante:

—Bahía significa en argelino “Hermosa”. Tú, que eres un diablo de las montañas, que nos has hecho el honor de apartar el velo de tu rostro de sombría fiereza y orgullo, dime: ¿soy o no hermosa?

No había coquetería en la argelina. Hablaba de su belleza con la misma naturalidad que habría citado las cualidades de un animal…

Carlos Lezama examinó despaciosamente, según lo exigía la cortesía bereber, los rasgos delicados y a la vez provocantes de Bahía, alrededor de cuyo cuello daba vueltas un collar de corales con dijes de ámbar dibujando cuadros, hexágonos, y del que colgaban manos abiertas.

Las manos de Fátima: filigranas de plata en forma de manos, con los dedos abiertos para prevenir contra la mala suerte…

—Eres bella y tu prometido será un hombre envidiable, Bahía.

—¡Cómprame! —dijo ella repentinamente.

El Pirata Negro rió con carcajada brusca…

—No soy rico, Bahía. Sólo compro armas, caballos y municiones.

Ella tuvo un movimiento de impaciencia. El ancho tejido que la envolvía en una pieza, retenido en las espaldas en armoniosos pliegues y sobre el que se transparentaba un velo azul, se entreabrió…

Tintinearon los brazaletes de metal que llevaba en los tobillos, así como los triángulos de plata que colgaban de sus orejas, y debido al movimiento de la argelina quedaron al descubierto sus

desnudas piernas, de atrayente matiz de pálido bronce.

Bedra señaló un punto distante e invisible,

—En El-Kohder podremos asar el “mechoúi” —dijo, aludiendo al cordero embrochado que era el alimento preferido de los nómadas —. Hay corderos en el oasis, porque está cercano el aduar de Abdahallah Ben Mohamed. Instala allí su mercado para vender al caíd Zorreig y a su hijo Tagarga, tus jefes.

—No son mis jefes.

—Tu velo y tus ropas son de tela que sólo llevan los diablos de las montañas, viajero cuyo nombre no sé.

—Llámame capitán Lezama, y ya sabes mi nombre. Digo que Zorreig y Tagarga no son mis jefes porque soy guerrero independiente.

—Entonces… ¡puedes comprarme! —dijo Bahía con renovada impaciencia.

—No compro mujeres, Bahía… Pero calma mi curiosidad y dime: ¿por qué deseas que yo te compre?

—Porque cuando un hombre que no sea de mi agrado me compre, yo me abriré las venas. Y tú eres de mi agrado, porque tu rostro es una máscara cruel de aventurero, y tienes en los ojos la insolencia del vencedor. Yo sería tu sumisa esclava, y…

—Tu arrullo me encanta, Bahía, pero no atravieso el Dahar para cantar amores…

—Muchos me encuentran bonita, capitán Lezama-dijo ella, brillante de cólera los ojos de felinos reflejos —. En la Blanca, varios hombres se mataron entre sí delante de mi tienda para obtener mi consentimiento; Pero a los vencedores los mató Bedra, porque eran pobres y no podían pretenderme.

—Yo soy pobre y no puedo pretenderte. ¿Hacemos el camino juntos, Bedra? Yo también me dirijo al oasis de El-Khoder.

El argelino asintió con grave ademán, y perdiendo la inmovilidad que hasta entonces habían mantenido él y su caballo, lo colocó al costado izquierdo del que montaba el Pirata Negro.

Bahía vino a colocarse al lado derecho, apoyando su mano en el estribo junto a la bota del Pirata Negro, quien, molesto, llamó:

—¡Bruno Bronzo! En la grupa de tu caballo, cede sitio a Bahía.

Ella miró a su hermano, que volvió a asentir… Y ayudada por el corso subió a la grupa del caballo.

La caravana reanudó su caminata. Bahía, con una mirada de soslayo al Pirata Negro, recitó en voz baja:

—¡Oh, maravilla, es la virgen nómada, de esencia divina!.

Bruno Bronzo volvió levemente la cabeza, extrañado:

—¿Qué dices?

—Era la frase que me cantaba uno de los hombres que murió delante de mi tienda.

Bedra señaló la hilera de “prisioneros”.

—El caíd Zorreig te los pagará bien, porque siempre necesita hombres para sus canteras. Y en el oasis de El-Khoder puedes, si quieres, tratar del precio con Abdallah Ben Mohamed. Le conozco.

—Cuando seas poseedor del dinero que te entregue Abdallah Ben Mohamed por esos esclavos, cómprame, capitán Lezama.

El Pirata Negro miró a Bahía con un principio de enojo.

—Una mujer tan bella como tú, debería saber que su belleza ganaría en agrado... manteniéndose callada.

Inesperadamente, la diestra de Bedra se alzó y, silbando, un látigo enlazó con su larga correa el talle de Bahía, que sé encorvó dolorida.

—¡Calla! —dijo lacónicamente el argelino.

El Pirata Negro colocó su mano sobre el antebrazo musculoso del argelino:

—No repitas de nuevo delante de mí ese gesto, Bedra. Quiero que sepas que el azotar a una mujer en mi presencia, es ofenderme.

—¡Es mi hermano y tiene derecho! —grito ella desde la grupa del caballo.

Bruno Bronzo ofrecía el aspecto de la más honda estupefacción. El Pirata Negro se encogió de hombros, mascullando:

—Tenlo por dicho, Bedra. Comeremos el "mechoui” amistosamente, pero no vuelvas a pegar a tu hermana. Y como creo que impedirla callar es pretender contar las arenas del Dahar, déjala que hable cuanto se le antoje.

—¿Me comprarás, capitán Lezama?

—¡Quizás!... Así podré cortarte la lengua.

Un reflejo de inquietud pasó por los ojos de la argelina, y hasta el anochecer guardó ya silencio.

Levantóse el Pirata Negro sobre los estribos para contemplar a lo lejos unos resplandores que le llamaban la atención...

Más atrás, el andaluz “Piernas Largas” exponía a “Cien Chirlos” su particular opinión sobre el encuentro de los dos nómadas:

—Bien va, porque nos sirven de guías sin saberlo. Pero el tuerto nos echará mal de ojo.

—¡Claro que tiene mal de ojo! —rezongó “Cien Chirlos”—. Es lo que llaman una nube...

—;No seas borrico, carota! Yo quiero decir que nos echa mal fario, mala suerte... Los bizcos, los tuertos y los anublados, traen mala fortuna.

El Pirata Negro señaló el lejano resplandor:

—¿Sabes lo que es aquello, Bedra?

—No. Resplandece en el lugar donde habitualmente instala su aduar mi amigo Abdallah Ben Mohamed...

CAPITULO IV

Las "Canteras” de Zorreig

El aduar de Abdallah Ben Mohamed era nómada, porque no permanecía fijamente en un lugar determinado con regular continuidad.

Cuando la estación climática arremolinaba las arenas del desierto convirtiéndolas en torbellinos quemantes que sepultaban tiendas, animales y caravanas bajo aluviones de arena, la tribu argelina del mercader Abdallah Ben Mohamed estaba en el litoral de la Ciudad Blanca, donde adquiría las mercancías que eran base de su sustento y motivo de su nomadismo.

Al decrecer la fuerza del “sirocco”, entonces la caravana de Abdallah emprendía el camino a través del Dahar hasta el primer mercado trashumante que instalaban en un oasis, donde regularmente acudían otros nómadas en busca de provisiones que cambiaban por ovejas y camellos.

Después, el aduar se desmontaba y era de nuevo otra caminata penosa hasta el segundo y último mercado, que instalábase en aduar, cerca de la región de los diablos de las montañas.

Éste segundo mercado era peligroso, porque si bien los diablos de las montañas no regateaban con el mercader argelino con el que traficaban regularmente, existía el riesgo de una incursión de los salvajes tuaregs.

El aduar, cuyo nombre significaba construcción temporal en círculo, lo constituían pequeñas tiendas de piel de camello, donde se abrigaban de los vientos arenosos las familias que componían la tribu mandada por el anciano Abdallah Ben Mohamed.

Desde hacía dos días hallábanse en espera de la visita de los diablos de las montañas, y centinelas destacados, inmóviles y

resguardados por el parapeto de sus camellos sentados indolentemente en la arena, esperaban divisar en la inmensidad desértica 1a aparición, tras alguna duna, de los rebaños de ovejas y camellos que, encuadrados por los diablos de la montaña, enviase al caíd Zorreig, al mando o no de su hijo Tagarga...

* * *

El Alto Djebel era el dominio del renegado español que adoptó el nombre de Zorreig, una de las serpientes del Dahar, cuando, tras huir de una galera donde purgaba sus crímenes, logró en breve tiempo ganarse la confianza de un jerife, del que pasó a ser lugarteniente.

Dándole muerte, y demostrando que los hombres del Alto Djebel sufrían una humillación al ser dirigidos por un viejo chocheante, Zorreig tomó el mando de los diablos de las montañas.

El Alto Djebel era una breve cordillera de empinadas cumbres que cortaba abruptamente la extensión del Dahar. Ningún caminante osaba nunca adentrarse en aquellos parajes, respetando la independencia en la que deseaban vivir los feroces montañeses, que con el transcurso del tiempo acataban únicamente las órdenes de Zorreig y de su hijo Tagarga.

Cuando Tagarga, nacido y educado en el ambiente del Alto Djebel, manifestó su deseo de desposarse con la bellísima Rocío del Jazmín, Zorreig aprobó y, dando su consentimiento, dedicóse a meditar que precisaba para su hijo el mejor de los palacios.

Los montes graníticos del Alto Djebel tenían canteras donde laboriosamente podían tallarse las vetas marmóreas que asegurasen que las fachadas del palacio que alojase a Tagarga y —su esposa fueran de una magnificencia impresionante.

Pero los diablos de las montañas tenían el ancestral prejuicio de que el trabajo manual era propio de seres indignos...

El caíd Zorreig consideró que era necesario consultar la opinión de su hijo. Aceptó el beso en el hombro que recibió al llegar Tagarga, al cual señaló el tapiz colocado en la ancha superficie del primer peldaño de la escalera de mármol que conducía a su sitial.

—Sesuda y consciente estimo tu elección, Tagarga-dijo Zorreig con doctoral entonación —. Rocío del Jazmín es la mujer más hermosa de todo el Alto Djebel. Digna la considero de ser la esposa de quien es el hombre que me sucederá en el mando de esta tribu.

—La elegí porque a sus perfecciones físicas une la nobleza de ser descendiente del antiguo caíd, padre mío.

—El día en que enviaste tu primer presente a Rocío del Jazmín, aprobé sin reservas tu elección. Hora es ya de que sea puesta la piedra sobre la que se asienten los muros de tu palacio nupcial.

—Humildemente te manifiesto que tu magnanimidad lleva a mí espíritu la plenitud de mi ambición conseguida, padre mío.

—Canteras que surtan las piedras, las tenemos. Precisamos ahora agrupar a los hombres que las extraigan y transporten.

—En Kalaat-es-Saam abundan los esclavos...

—Lejana es la fuente de esclavos. ¿No has pensado en algo mejor?

—Tú eres, padre mío, la luz de mi espíritu.

Zorreig aplicó una contra otra la palma de sus manos.

—Abdallah Ben Mohamed es un mercader despreciable. Durante varios años ha venido explotando jugosamente nuestra necesidad de trigo ropas y armas. Hora es ya de que cese en su comercio. Su aduar nos proporcionará los trabajadores que precisamos.

—¿Cuándo me pongo en marcha, padre mío?

—Esta misma noche. Abdallah es ya viejo, así como su mujer. Morirán. Del aduar sólo deben traer sus mercancías los hombres fuertes y las mujeres jóvenes. El resto, que perezca entre las llamas de las tiendas... La ambición traerá en 1a próxima luna a otros mercaderes. Y tu palacio será digno de ti, Tagarga.

* * *

El centinela que, despierto y en su turno de vigilancia, avizoró a lo lejos la inconfundible silueta de los diablos de las montañas, dirigióse a despertar a su jefe.

Abdallah Ben Mohamed ordenó extender ante su tienda la gran alfombra bordada en flores, con la que acogía únicamente a sus clientes de calidad.

Aunque Tagarga solía acudir generalmente al amanecer, su llegada en plena noche no hizo presagiar nada funesto al argelino. Supuso que algún incidente relacionado con los tuareg habría retrasado al hijo del caíd Zorreig.

Tampoco le extrañó no ver tras las huestes de Tagarga, el acostumbrado rebaño de camellos y ovejas...

Inclinóse profundamente cuando Tagarga, penetrando en el

aduar, detuvo su caballo, cuyos cascos pisotearon los delicados relieves de la gran alfombra.

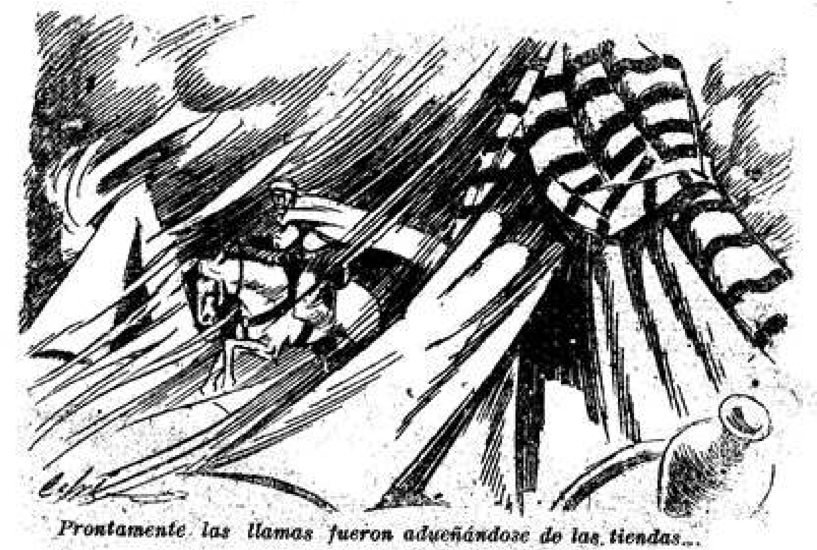
—Bienvenido seas, ¡oh, Tagarga!, dueño y señor del Alto Djebel. Tu siervo implora sobre ti las gracias de Alá.

—Que él derrame sobre ti su benevolencia-replicó Tagarga.

Y sin apearse, aprovechando la proximidad de la cabeza inclinada del viejo argelino, levantó en alto su espada con la que cercenó limpiamente el cuello de Abdallah Ben Mohamed.

No había cesado aún de rodar la cabeza del mercader ensangrentando las filigranas de la alfombra, cuando ya los diablos de las montañas se dedicaban a su cometido.

Espoleando sus pequeños caballos nerviosos, dividiéronse en dos grupos: uno destinado a ir atando a los sorprendidos y asustados argelinos de ambos sexos que salían alocados de sus



Prontamente las llamas fueron adueñándose de las tiendas...

tiendas, donde, en su interior, los componentes del segundo grupo espada en mano, iban matando a los que por ser ancianos o niños no interesaban como mano de labor para las canteras del Alto Djebel...

La esposa de Abdallah Ben Mohamed salió de su tienda al oír los gritos desgarradores de la tribu...

Tagarga levantó su espada, y cuando la cabeza femenina, de profusa cabellera blanca, rodó junto a la de su esposo, el hijo del caíd Zorreig musitó una plegaria impetrando la benevolencia de Alá

para la vieja argelina.

Fueron separados los aptos para el esfuerzo físico, y las mujeres jóvenes. Atados en fila india a una larga cuerda, obedecieron al aguijón destinado habitualmente al ganado, y emprendieron una sollozante marcha hacia los dominios de los diablos de las montañas...

Tagarga y treinta de sus hombres permanecieron en el aduar atendiendo al cometido de rematar a los malheridos, en evitación de que una lengua indiscreta pudiera manifestar a algún nómada que los diablos de las montañas eran los autores del reclutamiento en una cantera humana...

Se achacaría tal acción a los temidos tuaregs. Y prontamente las llamas fueron adueñándose de las tiendas de piel de camello que ya tan sólo albergaban cadáveres de niños y ancianos...

Tagarga dió la señal de partida y situándose a retaguardia, fueron escoltando hacia el Alto Djebel al material humano fácilmente elegido por el caíd Zorreig.

* * *

Las llamas atrajeron la atención del Pirata Negro, quien dirigió su caballo hacia el resplandor.

Bahía, a la grupa de Bruno Bronzo, contempló sin emoción el espectáculo.

—Es reciente esta matanza-dijo el Pirata Negro, tras de haber recorrido el aduar —. ¿Obra de los “tuaregs”?

Bahía señaló la chamuscada alfombra que iba ardiendo frente a la tienda más alta, y encima de la que reposaban dos cabezas...

—Ese era el mercado de Abdallah Ben Mohamed. Él mandó sacar su alfombra de honor. Por lo tanto, recibió la visita de un personaje de calidad, que no puede ser ningún “tuareg”, con los que nadie comercia. Me inclino a creer que este aduar, por motivos que ignoro, ha sido arrasado por orden del caíd Zorreig, el renegado español que manda en los diablos de las montañas.

—Es extraña la propensión humana a exterminarse entre sí. Una vasta región como ésta no debería suscitar ambiciones territoriales. Pero soy un intruso y no me incumbe intentar poner remedio a ese orden de cosas.

El Pirata Negro echó una ojeada a las llamas, que creciendo en intensidad, hacían sofocante la atmósfera.

—Aunque, si me tropiezo con el caíd Zorreig o su hijo, creo que por modo indirecto serán vengados esos infelices. Y ahora, bella Bahía, hora es ya de que lleguemos al oasis tan anunciado por tu hermano. Nuestras provisiones se van agotando, y acogeré con gran placer la ocasión de rellenar mis barriles con agua fresca y hacer reventar los sacos con nutritivos dátiles.

Bahía inclinó la cabeza para ocultar el brillo de sus ojos.

—No hemos de tardar en llegar al oasis, capitán Lezama.

Capítulo V

Espejismos...

Un hierro candente pasaba y repasaba por la frente del Pirata Negro, quien forcejeaba para librarse de sus torturadores... Despertóse de su pesadilla para contemplar extrañado el sol en su cenit, que le quemaba el rostro.

Incorporóse trabajosamente, examinando asombrado el espectáculo de todos sus hombres durmiendo profundamente.

Crispó los puños, dominando con dificultad la ira que le invadía al ir comprobando que sus nacientes sospechas iban confirmándose. Los dos hermanos nómadas habían desaparecido.

La noche anterior, ellos habían ofrecido el “lagmi”, vino de palma, y el “boukra”, aguardiente de higuera, que en dos odres llevaba Bedra en el arzón de su montura.

Indudablemente, quedaba ya claro que los dos odres estaban preparados con mezcla de hierbas narcóticas.

¿Qué fin perseguían los dos misteriosos nómadas que, tras dejarles en un “chott” salado donde el agua no podía beberse y donde las palmeras eran estériles, se habían marchado?

Una imprecación brotó de la garganta del Pirata Negro cuando hubo comprobado que los sacos de provisiones y los barriles de agua habían desaparecido también con los dos hermanos argelinos.

Rebuscó febrilmente en su cinto... Habían desaparecido también el amuleto Askri y la copia del documento indescifrable que debían conducirle al hallazgo del tesoro...

Y, como una burla hostil, por entre las grietas del pedregoso “chott” resbalaba con húmedos susurros el agua salada, que manaba rezumante de salitre por los poros de las extrañas rocas.

La inmensa soledad circundante aumentaba la sensación de

completa derrota, que embargó el ánimo del Pirata Negro al ultimar el recorrido que hizo alrededor del “chott”.

Los caballos habían sido también robados, y no le fué difícil deducir la razón por la que los presuntos prisioneros dormían, liberados de la larga cuerda que debía mantener sujetas sus muñecas izquierdas.

Con la cuerda, Bedra y su hermana debieron de enlazar entre sí las riendas de los caballos para llevárselos en reata.

Tanto los que dormían como el propio Pirata Negro habían sido desprovistos de toda arma...

La situación se presentó con toda su aterradora claridad al Pirata Negro: sin caballos, sin armas ni provisiones, perdidos en la inmensidad del Dahar, aunque lograsen hallar un oasis de agua dulce, no les quedaba a los noventa aventureros la menor esperanza.

Era un naufragio en tierra firme, aún más desolador porque la fina superficie arenosa, requemada por el sol, carecía de la clemencia de las olas que rematan con prontitud.

El desierto en aquellas condiciones, suponía para la caravana perdida un epílogo de esqueletos calcinados, lento suplicio casi preferible a los más lentos que les supondría el caer presos en poder de uno de los tres grupos de enemigos irreconciliables: los diablos de las montañas, los piratas de Dragut o los misteriosos y salvajes “tuaregs”...

Poco a poco iban incorporándose los narcotizados. Tardaban en asimilar la magnitud de la catástrofe.

Y al darse cuenta, sus gargantas resecas por la angustia exacerbaban aún más la sed y la espesa pastosidad que el narcotizamiento y la larga exposición al sol habían provocado.

Fueron agrupándose en torno a su jefe, ansiosos de oírle hablar, anhelantes de escuchar frases tranquilizadoras, confiando en que el hombre, pródigo en recursos que les había salvado de situaciones comprometidas, lograría ahora resolver aquella en que se hallaban.

Carlos Lezama se puso en pie, y su ceño fruncido se desarrugó en mueca de sarcasmo.

—¿Qué creéis, hatajo de mulos sedientos? Seguramente os suponéis que por arte de magia, con un murmullo de palabras raras, haré brotar de esas piedras una taberna y parrillas rebosantes de

grasas de reses. ¿Nosotros somos los piratas del Caribe? ¿Yo soy el capitán Astucia? —Rió con gutural entonación furiosa.— Somos un rebaño de ovejas tontas. Dos nómadas nos han robado. Ni siquiera, tenemos el consuelo de haber despertado en el infierno, que es lo que nos habría sucedido si nos hubiesen desvalijado los enemigos irreconciliables. Hemos sido víctimas de un ardid infantil por dos seres que nos han engañado lastimosamente. ¿Tenemos sed, verdad? Una sed rabiosa, y apuñalaríamos a un pellejo para que reventase más pronto, inundándonos de frescor. Apretaos los cintos, bellacos, y en marcha. Aunque sea arrastrándonos, debemos salir de aquí para intentar hallar un oasis.

* * *

Tras una marcha agotadora que duró todo el día, la caravana semejaba conducir entre sus componentes a algunos hombres beodos, que se tambaleaban desfallecidos y con los ojos estriados por un vehemente deseo de beber.

—¿Extraviados? —preguntó en voz baja Bruno Bronzo, que andaba junto al Pirata Negro,

—Tu pregunta es de las que yo califico de ingenuas, corso. Ni un camello hallaría camino en esta capa siempre uniforme, de monotonía desesperante...

—¡Un oasis! —gritó “Cien Chirlos”, señalando frenético a lo lejos.

—Ya empiezan los espejismos-murmuró apenado el Pirata Negro —. Dentro de unos instantes todos ellos verán mares y velas tendidas al impulso de una fresca brisa.

Gozaba Cien* Chirlos” fama de ser el hombre que en el “Aquilón”, después del Pirata Negro, oteaba los más minúsculos detalles desde la mayor lejanía.

Lezama aproximóse a él, apoyando su diestra en el ancho hombro:

—¿Dónde está ese oasis del demonio, guapetón?

—Allá, señor. Dos puntos a babor, tras el montículo de asquerosa arena que llamas “duna”.

El Pirata Negro entrecerró los ardientes párpados, y dió un sonoro palmetazo en la nuca de su lugarteniente :

—Cierto, guapetón. Es un oasis... ¡Valor, mis valientes! Ahí nos esperan néctar y dulzonas frutas azucaradas.

La caravana perdida emprendió el camino con renovado vigor. Divisábanse ya las palmeras, que, como acicate, aligeraban los pies fatigados de hundirse en la soleada arena.

El sol declinaba ya cuando irrumpieron en el oasis. “Piernas Largas”, tendido cuan largo era, fué el primero en hundir los labios en el pequeño lago que ocupaba el centro del oasis.

Levantóse escupiendo y, pálido el semblante y ronca la voz, gritó:

—¡Atrás! ¡Es agua salada!

Pero los que le seguían iban a precipitarse a beber, sin dominio de sus facultades...

El Pirata Negro desenrolló el “rompecabezas” que rodeaba su cintura, y la larga correa, silbando asida por la corta empuñadura, fué haciendo retroceder a los más impulsivos:

—¡Imbéciles! —vociferó Lezama— ¿Queréis reventar arañando vuestras gargantas? Sois hombres de mar y bien sabéis que no hay peor suplicio que la muerte del sediento cuando está empapado su gaznate en agua salada.

Uno a uno, los aventureros fueron dejándose caer sentados, en posturas desmadejadas, abandonada toda esperanza...

En pie sólo quedó el Pirata Negro, rodeado por “Cien Chirlos”, Bruno Bronzo y Curro Montoya.

Al sentarse Lezama le imitaron los otros tres, obedeciendo la orden del Pirata Negro.

Oíanse los estertores de las gargantas y estómagos que padecían la más lenta de las agonías...

—¡Dormir!... —fué diciendo el Pirata Negro—. Dormir, para descansar los pies. Y mañana, cuando el sol nos despierte, habrá que sacar fuerzas de flaqueza. Mis hombres están ya rendidos y no quiero exigirles un esfuerzo contraproducente. Como perros se tirarían a morir en un rincón del Dahar. Pero confío en vosotros tres. Al amanecer, cada uno de nosotros partirá hacia uno de los cuatro puntos, cardinales en línea recta, orientándose por el arco del sol. Y el primero que tropiece con un oasis, volverá a fustigar a esta manada de bellacos. Ahora dormiremos por cuartos. Me pertenece la última guardia. Vigila tú, “Cien Chirlos”. Después entrarás a relevarle tú, andaluz. Y despertarás a las tres horas a Bruno Bronzo. Tú, corso, me despertarás a mí.

Los tres hombres se tendieron, menos “Cien Chirlos”, que se apoyó en el tronco de una palmera estéril.

El sueño del cansancio invadió el “chott”...

“Cien Chirlos cabeceó, y se puso en pie trabajosamente, andando alrededor del oasis.

No tuvo casi fuerza para pestañear cuando el Pirata Negro le acompañó en el tardo andar...

—¡Mala suerte, señor! Me da rabia esa trampa de que los oasis tengan agua salada.

—Enseñanzas de la vida, guapetón. Siempre detestamos el agua, y ahora daríamos un brazo por una gota de rocío.

—¿No llueve nunca en esta comarca, señor? —preguntó “Cien Chirlos”, pasándose la lengua por los agrietados labios.

—Sí. No tardará en llover... Dentro de un par de meses empieza la temporada de lluvias torrenciales... Mientras, no cae una gota.

—¡Sangre, señor! —murmuró en voz baja y enronquecida el lugarteniente.

El Pirata Negro denegó con la cabeza.

—Esa práctica, pirata del Caribe, no es propia de hombres, guapetón. Te perdono porque comprendo que el padecimiento te hace ver espejismos. Beber sangre de los propios compañeros es cosa que las hienas pueden hacer. Tú, no..., porque siempre he estado orgulloso de ti.

—Yo tengo mucha hinchazón en las venas, señor. Un tajo, y tú podrás beber...

—Tu sangre es generosa, guapetón. Pero beber caliente no me apetece. No pongas morros de perro apaleado. Te prometo que cuando no pueda ya resistir la sed, me acordaré de tus venas. Es curioso, guapetón. Por años y años hemos luchado juntos... y no sé tu nombre.

Intentaba el Pirata Negro apartar la mente de su lugarteniente de las macabras ideas que sugería el letargo de los que dormían profundamente amodorrados.

—“Cien Chirlos” soy, señor.

—Hay minutos, so bruto, en que se olvida todo. Olvida tu apodo. Naciste con nombre cristiano, ¿no?

—Un nombre que me avergüenza, señor. Si esos borricos lo supieran, se iban a reír de mí.

—No tienen ganas de reír ahora. Y yo, ¿puedo o no reírme de ti?

—¡Oh, sí! —bisbiseó fervorosamente el segundo—. Tú puedes reírte, porque eres mi dueño y el hombre que yo respeto, porque...

—Te he preguntado cómo te llamas...

—Marcelo, señor-dijo “Cien Chirlos” bajando los párpados como si confesara un horrendo delito —. Pero no es mía la culpa...

—Es un nombre bonito.

—Por eso mismo, señor. Es nombre para mozo joven y guapo, casi diría yo... que para caballero.

—¿Dónde naciste?

—En España, señor.

—Pero España es muy grande, borrico. ¿Te avergüenza también decirme de qué región eres?

—No, que muy orgulloso estoy de ella. Nací en un pueblo de Aragón.

—¡Rediez! Debí olérmelo, galán, porque eres recio y terco. Anda, vete a dormir, que yo despertaré después a “Piernas Largas”. No tengo sueño. Es orden, y no me rechistes.

Minutos después, vencido por el sueño, “Cien Chirlos” roncaba estrepitosamente.

Solo entre los durmientes, el Pirata Negro sintió un profundo pesar, tenía afecto a los que habían compartido con él tantos azares...

Andaba por entre ellos, y oía frecuentes palabras murmuradas en la inconsciencia del sueño...

—...otra, Blas. Del barril añejo...

—Ata el cabo, mamarracho. ¿No ves... que sopla el temporal y la lluvia arrecia?

Otros murmuraban incoherencias, describiendo palacios donde los muros eran de carne y los surtidores inundaban jardines de frescos verdores.

“Piernas Largas” tuvo que sentir varias veces en su costado la puntera de la bota del Pirata Negro, para lograr arrodillarse y, con los ojos hinchados ponerse en pie vacilante.

Consiguió mantenerse inmóvil, sujeto por la mano de Lezama en su garganta.

—Mal hiciste con no traer tu “tocanta”, chiclanero-dijo el Pirata Negro forzando una sonrisa, aludiendo a la inseparable guitarra

que, terciada al hombro, solía llevar siempre el andaluz.

—A bordo 1a, dejé... para no delatarme entre la morisma, señor... Y a fe que lo lamento... Quiero... morir abrazado a ella...

—¿Quién habla de morir, estúpido? Cuando amanezca, hallaremos unos manantiales en los que nos bañaremos por espacio de horas y horas...

El Pirata Negro pasóse la mano por la frente, susurrando:

—Los espejismos no me respetan a mí tampoco...

—¿Decías, señor?

—¡Que el diablo cargue con todos nosotros, Curro Montoya! ¿Quieres dormir?

—¡Sí, señor!... Es decir... si tú me lo ordenas...

—Duerme y sueña con lo que más desees...

—Gracias, señor. Soñaré primero con el tuerto del mal fario, y degollándolo con un serrucho, me alegraré el ánimo... Y después me beberé vasos y vasos de Montilla...

Cayó el andaluz de bruces para quedarse dormido casi instantáneamente.

Todo era silencio, y en el letargo de los aventureros no había más que una aparente inmovilidad. Pero, de vez en cuando, los músculos se contraían nerviosamente.

El Pirata Negro anduvo unos pasos más, mordiendo la tela de su “burnous”...

De pronto cayó como un fardo, agotada su resistencia... Reclinó la cabeza encima de los brazos, y empezó a soñar...

Veía una selva, donde el rocío de la mañana empapaba sus vestidos. En el lago bañábanse gacelas, y el agua caía con repiques cristalinos desde lo alto de unas rocas, formando como una cortina de perlas y diamantes...

Un rostro de mujer se iba agrandando y, con sonriente expresión, tendía absurdos objetos al Pirata Negro, que se contemplaba, rechazando la oferta de una pistola, un puñal y una espada, que ponían entre sus palmas resecas frescores de metal...

Y ella, con sumisa voz, decía palabras aún más absurdas:

—...ahora me comprarás, capitán Lezama. Porque todos tus hombres vivirán, y te conduciré al lugar donde están ocultas las provisiones y las armas. Tus caballos...

Carlos Lezama alzó, en sueños, una mano para apartar la visión,

en la que reconocía a Bahía, la de ojos felinos y boca carnosa de labios invitadores…

Tintineaban los dijes que colgaban del collar de coral…

—¡Aparta…, mujer…, que nunca maté!…

Las palabras surgieron de la garganta del dormido.

Bahía, manteniendo en su regazo la cabeza de Lezama, musitó:

—Yo no sabía por qué hizo Bedra lo que hizo… Es mi hermano, pero cuando lo supe, le engañé. Él se ha ido a ver a Dragut.

Una tibieza carnal, en contacto con su nuca, hizo entreabrir los párpados al Pirata Negro.

Vió inclinada sobre su rostro la hermosa faz de la argelina, y antes de que su cerebro funcionase con claridad, le acabó de despertar el contacto entre sus manos de sus armas, destellando acariciadas por los blancos rayos lunares.

Capítulo VI

El arrepentimiento de Bahía

—Vine con tu caballo y tus armas —dijo Bahía, hablando con tranquila entonación—. Porque sabía que tu montura y las armas te devolverían la alegría.

Quizás la serenidad con que hablaba la argelina, como si todo lo que recientemente había ocurrido fuera un juego, devolvió al Pirata Negro la plena conciencia de sus sentidos y sintió ascender a su espíritu una oleada de exasperación.

—Tú y tu hermano nos condenasteis a una muerte segura y lenta-pronunció con cierta dificultad.

—Yo creí que Bedra tan sólo se proponía robar todo cuanto poseíais —replicó ella, con absoluta convicción de naturalidad evidente—. Le ayudé porque así evitaba que mi hermano, como le pertenece, me vendiera a los diablos de las montañas o a Dragut.

Incorporóse el Pirata Negro, apoyando los codos en el suelo y, apartando la nuca del regazo de Bahía, la observó duramente.

Pero el semblante inclinado hacia él era un rostro que plasmaba una ingenua convicción de inocencia, o de inconsciente percepción del límite que en Occidente separa el bien del mal.

Enfundó Lezama en su cinto la pistola y los dos aceros en sus vainas. Ella, sentada sobre sus propios talones, le miraba con fijeza...

Levantóse el Pirata Negro, afianzando las piernas en abierta posición. Sentía un imperioso deseo de beber, pero se contuvo.

Con la diestra indicó el caballo, que unos pasos más allá de ellos, hocicaba melancólicamente.

A ambos lados de la silla colgaban dos barriles y, atravesado delante del arzón, al que estaba mantenido por una cuerda, veíase

un saco de los que contenían tasajo y carne amojamada.

—En tu seno llevas un cuchillo, Bahía. Vas a atender a esos hombres que tú misma narcotizaste. Un sorbo de agua y un pedazo de carne a cada uno de ellos.

—Les cortaré carne y les daré agua —dijo ella sumisamente.

Dirigióse hacia el caballo e, instantes después, iba arrodillándose al costado de cada uno de los tendidos durmientes, que, extenuados, no presentaban síntomas de vida.

Con hábil prudencia, la virgen del aduar empleaba el procedimiento de los nómadas en evitación de que la repentina ingerencia de líquido y alimento enloqueciese de ansia o matase a los que se trataba de reanimar después del prolongado y total ayuno, agravado por la resecante ardorosidad del Dahar.

Empleando la propia ropa de los amodorrados en profundo letargo, humedecía un extremo del pañuelo o de la camisa de los durmientes. Y, lentamente, aplicaba el trocito de paño húmedo en los hinchados labios, pasándolo varias veces en improvisada esponja.

Los labios iban entreabriéndose en ávida succión y por entre los dientes corría el sorbo de agua, que era deglutido con roncos estertores de garganta, y, en su inconsciencia, los piratas masticaban trabajosamente el pedazo de carne que Bahía cortaba e introducía entre sus dientes con ayuda del extremo del cuchillo.

Amanecía ya cuando Bahía terminó su labor, y se detuvo ante el Pirata Negro, tendiéndole el segundo barril casi vacío y el último trozo de carne fibrosa, pero de gran sabor y riqueza alimenticia.

—Me complace saber que estás contento de mí-dijo ella, esperando la aprobación del aventurero.

—¡Mal rayo te parta! —exclamó él, después de haber bebido y devorado con fruición el pedazo de carne.

Bahía le miró sorprendida, mientras él se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

—Tus hombres están ya reponiéndose y ninguno se ha muerto-anunció ella, siempre aguardando plácemes —. ¿Por qué te enfadas y me gritas?

—Pero…, ¡maldita seas! ¿Tienes sesos, o tras tu frente hay vacío? Nos brindas amistad, y con tu hermano nos extravías traidoramente para dejarnos inermes y entregados a la peor de las

muertes.

—He venido.

—¡Eso es! Apareces como un candoroso angelito a... Debería azotarte y dejar que mis hombres vengasen su humillación cebándose en ti y tundiéndote hasta despedazarte.

—¿Por qué te irritas conmigo? No quisiste comprarme.

—¡Tate! ¿Ya empezamos de nuevo?

Pero la exasperación del Pirata Negro se aplacó al ver cómo todos los que hasta entonces estaban sumidos en un letargo de agonía, iban sentándose los unos y levantándose otros, intercambiando entré sí tartajosas palabras de alegre sorpresa.

—¿Y porque no quise comprarte, ayudaste a tu pillastre de hermano a narcotizarnos? Explícate, y no me mientas. ¿Con qué finalidad nos salisteis al paso Bedra y tú?

—Bedra es mi hermano, y hacía muchas lunas que había abandonado nuestra tienda del aduar cercano a Argel, la Blanca. Yo era muy niña cuando él se marchó. Tras su ausencia, bajo nuestra tienda la miseria abrió sus negras alas. Murieron mis padres y yo vivía de mis ovejas. Me sentía muy sola, y tuve que defenderme muchas veces contra osados pretendientes que no me gustaban. Nunca me ha gustado ningún hombre hasta que tú...

—No nos extraviemos. Me interesa que hables de Bedra.

—Apareció de pronto.

—¿Cuándo?

—Al romper la luna creciente.

—Eso fué hace siete días.

—Será como dices. Me explicó que venía de Kalaat-es-Saam y que estaba al libre servicio de Dragut, el mahometano de Rodas.

—¿En calidad de qué le sirve?

—Habló de que sus oídos recogían las buenas y malas noticias que pudieran interesar a Dragut.

—Espía.

—Será como tú dices. Vendió mi ajuar y mis ovejas para comprarse un caballo. Me ordenó que le siguiese, porque al venderme en el Dahar obtendría buenas armas y un camello veloz. Tú, que tienes buenas armas y caballos, podrías...

—Sigue explicándome los propósitos de tu hermano-apremió impaciente el Pirata Negro. ,

Los tripulantes del “Aquilón” iban agrupándose en tres hileras, a veinte pasos de distancia.

La vista del caballo y de las armas en el cinto de su jefe les revigorizaban, complementando la acción de los cuidados que la argelina les había tributado.

—Varias veces le manifesté mi extrañeza porque dábamos rodeos y describíamos círculos en torno a un mismo lugar. Me dijo que aguardaba el paso de una caravana para que nos uniéramos a ella y que así correríamos menos riesgo, porque los diablos de la montaña rondan y, al verme sin defensa, más preferirían naturalmente raptarme que tener que pagar un caballo y armas por mí. Tú podrías haberme raptado y yo no me habría defendido, porque...

—¿Quieres continuar con tu narración, endiablada criatura?

—Tú me mandas. Antes de divisar tu caravana, Bedra me previno que no citase a Dragut delante de ti, porque los caminantes del desierto temen al pirata de Rodas. También me dijo que seguramente el propio Dragut me compraría, porque había sabido que yo tenía quince lunas y era virgen y hermosa.

—¡Demontres! ¿Sólo tienes quince años?

—Tengo los que tú desees que yo tenga. ¿Te parecen pocos o muchos quince? —inquirió temerosa.

—Sigue, sigue explicándote-dijo él con cierta precipitación.

—Cuando viniste a nuestro encuentro, sentí latir con fuerza mi corazón, y...

—Estamos hablando del pillastre de tu hermano, cuyo corazón es el que quiero yo oír latir con fuerza cuando le ponga la mano en el cuello.

—Él hizo lo que debía hacer, y tú harás lo que debas hacer-salmodió ella con fatalismo —. Durante todo el camino, desde que partimos de Argel, me prohibió tocar los barrilitos de “lagmi” y “boukra”; me dijo que eran para obsequiar a los de la caravana con quienes nos uniéramos. Cuando vosotros bebisteis y os quedasteis dormidos, me ordenó que os fuera quitando las armas mientras él ataba las riendas de todos los caballos con la cuerda con que tú atabas a tus presos. Después cargamos a lomos de los caballos cuantas provisiones y armas os recogimos. Me dijo que lo robaba para ser rico, y que así no tendría necesidad de venderme a Dragut.

Me alegró mucho, porque dicen que Dragut tiene un rostro de negro blanco, con labios muy gruesos y ojos falsos... j

—No me interesa la mayor o menor belleza de Dragut por el instante. ¿Qué más?

—Bedra os quiso degollar a todos, y desenvainaba su alfanje pidiéndome ayuda, pero yo le aconsejé que no lo hiciera, porque era una labor larga, inútil y molesta.

—De acuerdo.

—Y le dije que en tal cometido podían sorprendernos los diablos de las montañas o las sombras blancas, a las que les tengo mucho miedo.

—¿Quiénes son esas sombras blancas?

—Los “tuaregs” del norte; los nómadas que surgen de las arenas en silenciosas masas armados de lanzas y que son crueles...

—Bien. Continúa.

—Entonces, él envainó su alfanje y me dió la razón. Fuimos a toda prisa a un oasis cercano, pero oculto por grandes dunas, y allí me ordenó que le esperase, porque iba a avisar a Dragut. Me dijo que seríamos fabulosamente ricos, porque llevaba a Dragut un amuleto y un papel mágicos.

—Los que me quitó del cinto.

—Yo no podía robárselos a mi hermano. Cuando él se fué, yo, a solas, me puse a pensar en ti. Y decidí que Dragut no me compraría, porque el que quiero que me compre eres tú.

—Escucha, Bahía: yo no juego a muñecas, y si me vuelves a hablar de comprarte, te azoto. Hay gacelas que, teniendo tus mismos ojos, tienen más sesos que tú. Bien, ¿puedo confiar en ti? ¿Me harás alguna nueva traición?

—Soy tu esclava.

—No. Eres mi guía, pero recelo de ti. Si te portas lealmente no te arrepentirás. Vas a conducirnos al oasis donde están mis caballos, las provisiones y las armas.

—Yo siempre contigo —dijo ella, arrodillándose y aplicando la frente en la diestra del Pirata Negro.

Éste la levantó con brusquedad.

—Soy de tierra donde es la mujer quien recibe en su mano las caricias y no el hombre, Bahía. Ven... Los fantasmas van tomando colores y están ya en pie-añadió, señalando con el mentón a los

hombres alineados en tres hileras.

Enlazándola por la cintura, la levantó en vilo hasta colocarla delante del arzón de la montura y ensilló sentándose tras ella.

Condujo el caballo hasta detenerlo a unos pasos de las tres hileras de hombres, que le miraban como a un ser prodigioso.

—Ya sois de nuevo seres de carne y hueso, mis valientes. Vuestros labios han conocido el sabor del agua que por vez primera os ha parecido el más aromático de los néctares. Tal bálsamo, que os ha resucitado, os lo vertió esta mujer que es la que os ha salvado la vida. No es culpable, porque razona primitivamente y además ignoraba los criminales propósitos de su hermano, el tuerto. Ahora nos conducirá al oasis donde saciaremos nuestra hambre y calmaremos nuestras fauces. Allí hallaremos los caballos y las armas. ¡En marcha!

Hizo caracolear el caballo y, dando media vuelta, le obligó a emprender un corto paso.

Tras la grupa, los noventa aventureros, impulsados por el alegre despertar del sueño que supusieron el definitivo, rompieron la marcha, apoyándose muchos de ellos entre sí, para mutuamente sostenerse y poder andar más de prisa.

Bahía, sentada de perfil, arregló modosamente los vuelos dé sus gasas que transparentaban el dorado matiz de su piel satinada.

El Pirata Negro imprimía a las riendas la dirección que, de vez en cuando, le señalaba Bahía, que primero consultaba el refulgente disco solar.

—Yo no te debo mi vida, porque no sé si habría muerto o no, Bahía-dijo de pronto él Pirata Negro —. Pero sí te adeudo las vidas de mis bellacos, gracias a tu arrepentimiento.

—Mi arrepentimiento se llama amor, capitán Lezama. Traicioné a mi hermano porque te amo.

Rió el Pirata Negro con leve molestia.

—Tate...¿Sabes tú acaso lo qué es amor, virgen del aduar?

—Es verte.

—En las tierras de las que procedo es también el hombre quien habla de amor, niña.

—Yo no soy una niña, sino una mujer y muy mujer. Y tampoco puedo esperar a que tú me honres con palabras dulces. Yo seré tu sumisa esclava y obedeciéndote seré dichosa.

Reclinó ella el hombro contra el pecho del Pirata Negro y alzó el rostro, ignorante de que la candorosa sumisión de ternura que emanaba de todo su ser poseía una indescriptible fascinación.

—Tengo sueño, capitán Lezama-dijo parpadeando —. Anduve media noche tras vuestro rastro.

—Duerme, Bahía. Que tus sueños sean agradables.

—Tú eres mi dueño.

—¡Rayos! ¿Por qué no aguardas a que sea yo quien vierta en tus oídos frases de esas?

—Vivo anhelante de oírlas-dijo ella, cerrando los ojos —. Hasta que en mi senda apareció tu imagen, a ningún hombre he querido y por ninguno he sido besada. Ahora tengo sueño... Cuando pierdas la orientación, despiértame besando mis labios— dijo con toda naturalidad —. Será mi ansiado despertar.

—Procuraré no desorientarme —afirmó el Pirata Negro sonriendo.

Los negros cabellos de la argelina le rozaban los labios con sedoso contacto aromático.

Ella se acomodó, acurrucándose contra él, y la caravana continuó en su rápida marcha hacia el oasis venturoso que, simbólica y prácticamente, les aportaba el amor de una argelina de quince años.

Capítulo VII

Dragut

Circundando el gran “chott” pedregoso, en cuya meseta se alzaba el refugio de Dragut y sus beduinos, se hallaba el “ferkelous”, la temible cintura pantanosa que devoraba glotonamente al que pusiera el pie sobre su engañadora superficie de grises arenas movedizas.

Dragut había elegido como morada, de reposo, entre expedición y expedición, la antigua mansión de un califa, y en ella albergábanse los beduinos que componían sus fuerzas.

Aïssa se llamaba la extraña edificación caprichosa que un califa había hecho construir en lo alto de la meseta.

Desde lejos, y en el crepúsculo, Aïssa como poblado semejaba un espejismo, compuesto de figuras geométricas en forma de cubo.

Las masas roquizas que componían el conjunto de la edificación se escalonaban. Los primeros de la base tenían por pintura un violento color verde, los medianos, y por encima de ellos, eran de color gris, y la torre alta, donde moraba Dragut, era casi negro, con una cúpula de reflejos amarillos, donde se siluetaba la sombra de viejas palmeras estériles.

Al caer la noche, alrededor de Aïssa pasaba un exquisito soplo de brisa aromatizado, que era el desprendido por los laureles y rosas que en jardines artificiales crecían en una terraza de abrupto declive.

Para Dragut, la visión del “chott” de Aïssa constituía un orgullo sempiterno, que le imbuía ínfulas de descendiente de califas.

Mestizo de negro, su rostro plasmaba la bestialidad inconfundible del ser infrahumano, para el cual sólo dos sentimientos existían: el de la venganza y el de la cupidez.

Rencoroso por naturaleza, tenía la puerilidad única de hallar pretextos en su escasa inteligencia para justificar los peores crímenes.

Por esta razón, y pensando en la reciente "razzia" efectuada por Tagarga en el aduar de Abdallah Ben Mohamed, fumaba con lentos ademanes la larga pipa de "kif", mientras meditaba en las argumentaciones con las que saciaría su odio contra el caíd Zorreig, tomando por base la muerte de Abdallah Ben Mohamed y la esclavitud de sus hombres y mujeres útiles.

Halló la primera justificación en una frase del Corán, que pronunció torvamente:

—¡Sea exaltado Aquel en cuyo libro está escrito: "Ojo por ojo, diente por diente, vida por vida"!

Recordó después que Abdallah Ben Mohamed surtía a sus beduinos de mercancías, y también de informes sobre las recientes novedades de Argel, la Blanca.

Por tanto, era para él un perjuicio gravísimo la muerte del argelino. Lo que acabó de encenderle en justa y prudente exaltación fué la idea de que pronto a iniciarse el festejo embriagante, en el que los diablos de las montañas celebrarían el anuncio de los esponsales de Rocío del Jazmín y Tagarga, era aquella la ocasión propicia para lograr un rápido aniquilamiento cuando menos de la mitad de las fuerzas de que disponía el caíd Zorreig.

Llamó, por mediación de su hombre de órdenes, al jerife que mandaba en sus fuerzas: el mulato Ba Ammber.

Apenas el mulato se hubo inclinado por tres veces delante de él, Dragut redondeó los gruesos labios para separar de ellos el tubo de la pipa de "kif", y fijó en Ba Ammber sus ojos simiescos.

—La página final del libro de Tagarga debe desprenderse ante mi vista, Ba Ammber. Irás con las fuerzas al lugar donde Tagarga y sus jinetes celebran los esponsales. Tagarga en vida, será torturado en mi presencia. Los demás que purguen la muerte de los argelinos del aduar de Abdallah Ben Mohamed.

—Espero tu señal, gran jefe, para ponerme en marcha.

—Parte al alba y llegarás al lugar de los esponsales cuando la noche envuelva a los bailarines desarmados. Tú mismo me traerás a Tagarga enjaulado. Alá te proteja, Ba Ammber.

Cuando el mulato se hubo marchado, Dragut levantóse, y sus

piernas zambas le zarandearon como un bamboleante simio mientras se dirigía hacia la habitación, donde, desde hacía un mes, conservaba celosamente, al abrigo de toda mirada, la mujer cautiva que respetaba por dos razones: porque de ella y por su rescate esperaba obtener una gran cantidad, y porque aquella mujer de rostro tan bello había cometido un acto ante los propios ojos del mahometano, que, pese al endurecimiento e insensibilidad del que había sido testigo del acto de Julia de Groschetti, le habían llenado de zozobra y a la vez de cierta admiración, cuando pasado el primer instante de furor, había recapacitado.

Julia de Groschetti ya no podía ser deseada por ningún hombre... Quizás por un resto de coquetería, la mujer que había sido un prodigio de belleza, envolvía cuidadosamente su faz en un tupido velo, dejando sólo visibles las dos negras luminarias de sus magníficos ojos.

Dragut entró en el recinto donde Julia de Groschetti, tendida en una otomana, dejaba transcurrir los desesperantes y largos días en espera de su rescate, absorta en reflexiones, en las que continuamente era maldecido el nombre de Bruno Bronzo...

Dragut se detuvo delante de ella, que le miró con indiferencia.

—Tarda en llegar el hombre que ha de portarme la fausta nueva de que el oro italiano te rescate, cristiana.

—Tu impaciencia iguala a la mía por no verte más, Dragut.

El mahometano avanzó un paso, manoseando su gumía, molesto por la habituada réplica desdeñosa que hallaba en la aristocrática italiana.

Julia de Groschetti, duquesa de Trajetto y condesa de Fondi, no hizo más que un gesto...

Apartó el velo de su rostro, y Dragut retrocedió con mueca de espanto. No acababa de acostumbrarse a la visión del rostro de la “bella entre las bellas” cantada, por múltiples poetas...

* * *

En la ladera de la montaña, entre el boscaje, los diablos de las montañas, bajo las órdenes directas de Tagarga, cumplían con el ritual, preludiando las danzas guerreras en honor de los próximos esponsales, a los que no podía asistir el caíd Zorreig ni los que dependían directamente de sus órdenes.

Estaba formada la “estrella de la fiesta”, una estrella de velas

perfumadas colocadas en el suelo alrededor de la figura totalmente cubierta de velos de Rocío del Jazmín.

Dos semilunas forjaban en torno a la estrella de velas, los hombres sentados frente a las mujeres que entonaban cantos monótonos.

A una señal de Tagarga, callaron las mujeres y empezaron los cantores. El que les dirigía improvisaba primero unas estrofas, acompasada por los tamboriles de dos músicos.

Entonó la estrofa favorita de los nómadas del Dahar:

"Tus bucles, oh Fatma,
son delicias de mi alma.
Rozan tu pura frente,
y el arco de tus ojos
tiene forma de corazón."

La ingenua canción era repetida en tonos graves por el resto de los hombres, mientras las mujeres acompañaban la melopea con sus flautas.

¿Qué pasión me ha extraviado
desde que quemó mi mano
uno de tus bucles, oh Fatma?
Errante voy como la ceniza
dispersa por el viento.
¡Oh, maravilla, virgen nómada!"

Cuanto más avanzaba el poema, más se precipitaba el ritmo anunciando el próximo frenesí de todos los asistentes, que pronto se desfogarían en danzas salvajes.

Tus bucles, oh, Fatma,
delicias de mi alma,
rozan tus blancos dientes,
tal como el rayo en las noches negras.
El amor avanza cauteloso
para no ser conocido.
Pero no importa que sea
por largos senderos
y rutas obscuras.
Llegará a ti mi canto,
oh, maravilla, virgen nómada."

El cantor apoyó sus tres últimas palabras, alargándolas

prolongadamente. Fué la señal...

Todos los hombres pusiéronse en pie, dándose frente en dos largas hileras. Medio desnudos y desmelenados voluntariamente, se unieron por los brazos enlazados, balanceando el cuerpo a izquierda y derecha y la cabeza de delante a atrás, avanzando y reculando con pasos cortos de pisoteo recio.

Los tamboriles martilleaban con creciente furor la cadencia del baile de esponsales. En pequeñas hogueras crepitaba el benjuí aromando el ambiente.

Al cabo de horas, en los rangos de las dos hileras de bailarines se mezclaban opacos vapores del incienso quemado con el benjuí y las masas en movimiento semejaban dos nubes enormes y compactas, anuncio de próxima tormenta.

Y estalló, enardecida por las anteriores y frecuentes libaciones de "boukra".

El estallido fué repentino, dando la señal el propio Tagarga, celoso de demostrar que era el primer bailarín entre los diablos de las montañas.

Las dos cadenas humanas rompieron el eslabón de sus brazos unidos, y cada hombre empezó a dar vertiginosas vueltas sobre sí mismo...

Unos gritaban imploraciones incoherentes, mientras otros se arañaban los torsos desnudos.

El relente se saturó del acre humo de los braseros y del sudor de los energúmenos bailarines, que formaban peonzas alucinantes, contagiándose mutuamente el frenesí de posesos.

De pronto, un clamor estruendoso rodeó a los bailarines y a las mujeres. Los beduinos de Dragut, al mando de Ba Ammber, atacaban impunemente...

Los alfanjes y las gumías se alzaban y abatían vertiginosamente, sembrando la muerte, mientras en ronda infernal los caballos de negro pelaje y cortas y peludas patas derribaban con sus cascos a los moribundos...

Tagarga defendíase con brío, empleando una larga vara de hierro, pero pronto comprendió que él y su prometida quedaban supervivientes por expreso deseo de los atacantes.

Con rabiosos gritos de furor, abalanzóse sobre la que debía de ser su esposa y que continuaba inmóvil como un ídolo pagano,

envuelta en sus velos.

La enlazó salvajemente, mientras su gumía perforaba por dos veces el corazón de Rocío del Jazmín, salvándola así de una muerte infamante. Disponíase a darse también la muerte, pero encima de él cayó Ba Ammber y varios beduinos que le golpearon sañudamente con las empuñaduras de sus alfanjes.

Desnudo y ensangrentado, quedó Tagarga sujeto por prietas cuerdecillas. Miró desdeñoso y altivo a Ba Ammber.

—Mi padre vengará esta "razzia", os lo juro. Ahora que la voluntad del destino se cumpla. Has vencido por traición, siervo de Dragut.

A una orden de Ba Ammber el cautivo hijo de Zorreig, fué transportado a rastras por varios beduinos que lo echaron en el interior de una jaula de gruesos barrotes de madera, atada a lomos de un camello.

Rodeando el camello portador del cautivo, se alejó la turba de piratas, que dejaba tras ellos un hacinamiento de cadáveres que epilogaban aquellos sangrientos esponsales.

* * *

Cuando se dirigían hacia Aïssa, uno de los beduinos llamó la atención de Ba Ammber hacia el oasis donde se distinguía a un centenar de blancos, bañándose en el profundo lago.

Ba Ammber asintió, manifestando que primero debían cumplir la orden de Dragut.

Después irían a mutilar y apresar a los audaces e incomprensibles seres blancos que habían osado profanar el Dahar...

* * *

Dragut, desde lo alto de su torre, contempló entre la nube de arena que levantaban los cascos de los caballos, la imagen de Tagarga enjaulado.

Pronto la comitiva se detuvo ante el estrado donde se instaló Dragut. Descendieron la jaula, y en su interior Tagarga quedó visible mirando con fijeza al mahometano.

El cráneo abombado y rapado de Tagarga resaltaba de la bronceada faz delgada de labios semiocultos por la corta barba que ascendía por las mejillas hasta los pómulos.

El robusto cuerpo desnudo se erguía en la jaula y aunque atados los tobillos a sus muñecas por finas cordezuelas que cortaban sus

carnes, Tagarga mantenía un porte altanero.

Dragut le miró riendo bestialmente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con sorna.

—Tagarga, hijo del gran caíd Zorreig.

Hizo una señal Dragut y Tagarga fué extraído de su cárcel ambulante.

El mahometano señaló en el suelo el cráneo de Abdallah Ben Mohamed colocado encima de sus ropajes.

—¿Por qué diste muerte a mi amigo Mohamed?

—Sólo sucede aquello que está escrito-replicó Tagarga, impasible.

—Hijo de perro-dijo Dragut, riendo brutalmente,

Apenas tuvo tiempo de apartar el rostro. Tagarga le había escupido en plena faz, gritando a continuación:

—¡Pega y mata, cobarde, pero no insultes!

Dragut sacó su alfanje y de dos tajos cortó las muñecas del descendiente de españoles, quien se tambaleó:

A una señal del mahometano, varios beduinos ataron alrededor de los pies de Tagarga gruesas piedras y le suspendieron por los sobacos del extremo de un flexible junco mantenido en arco por largas cuerdas.

Dragut, riendo siniestramente, cortó de rudo mandoble las cuerdas, y la improvisada catapulta se distendió elevando en el aire su peso humano.

Describió Tagarga un arco en el aire disminuyendo de volumen hasta que fué a hundirse en la gris arena movediza del "ferkelous", donde se empotró hasta medio cuerpo.

Dragut dió el ejemplo corriendo para presenciar la muerte del orgulloso hijo del caíd Zorreig. Tras él se agruparon los beduinos.

Tagarga iba desapareciendo succionado por las pantanosas arenas. Conservaba los párpados cerrados...

Era un descenso lento, y la tumba de barro tardaba en cerrarse. Abrió de pronto los ojos Tagarga, exclamando:

—¡Tú me vengarás, oh, gran caíd Zorreig!

Rió Dragut, contemplando como la arena viscosa iba alcanzando la boca de Tagarga. Un espasmo contrajo las facciones hasta entonces impasibles del descendiente dé españoles.

Los testigos estallaron en risas crueles,

La frente de Tagarga empezaba a desaparecer. Quedó sólo visible su cráneo rapado, y, por último, en agónico impulso, un muñón de brazo asomó agujereando la pegajosa superficie. Después, sólo quedó la lisa y húmeda masa arenosa.

Dragut volvió la espalda indicando que había cesado el interés por el espectáculo…

Ba Ammber le habló precipitadamente, y Dragut arqueó las peludas cejas complacido.

—Sí. Cortadles las muñecas y traedlos aquí. Vete tú mismo con la mitad de las fuerzas. Bastarán para apresar a ese centenar de perros infieles y locos que se han atrevido a penetrar en mis dominios.

CAPITULO V

El oasis señuelo o las lecciones del Caribe en el Dahar africano

Apenas Bahía hubo demostrado que era cierto cuanto había explicado, ante la presencia del oasis donde amarrados a las palmeras veíanse los caballos, y por el suelo las provisiones y los sacos de pólvora y las armas, el Pirata Negro admitió el deseo que adivinaba en sus hombres de saciarse.

Cuando quedaron rellenos de agua los barriles, y repletos de dátiles los sacos, dió el ejemplo bañándose en las profundas aguas del lago, donde el líquido, mezclándose con salitre, no era potable.

Quedó Bahía junto al manantial de agua dulce, y, poco después, revestido tan sólo con sus pantalones, sostenidos por la correa del látigo rompecabezas, el Pirata Negro vino a sentarse junto a la argelina.

Tras ellos y a una señal de Lezama, tomó asiento Bruno Bronzo.

—Beduinos —dijo Bahía lacónicamente, señalando a lo lejos—. Se han ido. Eran hombres de Dragut. Volverán al amanecer.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque llevaban a un preso y tendrán que presenciar las torturas que Dragut infringirá al jefe preso.

—¿Cómo sabes que era un jefe preso?...

—Lo llevaban en jaula a lomos de camello.

—Eres una excelente guía, pero, por si acaso, tomaré mis medidas. Ya no quiero que el Dahar me juegue nuevas trampas.

El pirata Negro estuvo dictando órdenes a “Cien Chirlos” y a “Piernas Largas” por espacio de varios minutos.

Inmediatamente, los hombres que hasta entonces manifestaban su gozo tras el baño, disgregáronse alredor del oasis entregados a una gran actividad.

En silencio, Bruno Bronzo y Bahía fueron observando la maniobra extraña a que se dedicaban todos los hombres por grupos y dirigidos por el propio Pirata Negro.

Unos se dedicaban a transportar barrilitos que extraían de sacos mientras otros abríanse en semicírculo, ocultando con sus cuerpos la labor de otros que socavaban en la arena.

Abrían pequeños hoyos donde enterraban uno de los barrilitos, y repetían la misma operación a unos veinte pasos de distancia, formando un círculo.

Distanciados en línea recta unos cien metros del perímetro del oasis, repitieron el mismo círculo de hoyos, prontamente recubiertos por la arena, a escasísima distancia del margen del oasis.

La parte de la labor que más tiempo llevó fué el diseminar enlazando las recientes excavaciones largas y delgadas cuerdas negras que cuidadosamente fueron recubiertas con una pequeña capa de arena.

Esa cuerda negra remató en varias terminaciones que quedaron ocultas a la visión de quien procediera del Dahar en un hoyo grande en el que permaneció un hombre del que sólo sobresalía el rostro a ras del suelo.

Esos extraños centinelas ocuparon siete puestos en hoyas que formaban el tercer círculo, ya en las riberas del gran oasis.

El Pirata Negro distribuyó al resto de sus hombres en otros dos círculos, momentáneamente agrupados en inofensivas reuniones que semejaban caminantes de una caravana en reposo.

Vino a sentarse en su primitivo lugar junto al corso y Bahía.

La argelina le miró interrogante, y al final, ante el silencio del aventurero que la había enamorado, insinuó:

—Yo soy mujer y mi pecado es una gran curiosidad, capitán Lezama. Me honraría tu revelación iluminándome acerca del juego que has ordenado construir a tus hombres.

—Ya te iluminará a su debido tiempo. Es un juego que procede de una región de mares turbulentos que rodean islas perdidas en un Océano. Es en el mar Caribe donde aprendí una lección que ahora he llevado a la práctica.

—El mar Caribe debe ser grande como el Dahar.

—Sí. Más grande y menos peligroso quizás. Pero allí existe una

tradición de lucha. Cuando se penetra en terreno enemigo y éste os ha divisado, sería suicida seguir caminando por tierra hostil. Y más vale sitiarse uno mismo.

—¿Sitiarse, qué es?

—Aguardar los acontecimientos, previéndose. Según la táctica de ataque, así se dispone uno a rechazar el ataque.

—¿Enterrando barrilitos en la arena?

—En este caso, sí. Allá en tierras del Caribe usábamos los fosos-trampa, que cubriéndolos de hojarasca abrían un abismo bajo los pies de los atacantes. Pero en el Dallar he observado que existe una tradicional costumbre en la lucha. Por todos los puntos del Universo, bajo formas distintas, se repite la tradición de emplear un mismo método de ataque. En el Caribe se disgregan los hombres en grupos, que en sucesivas oleadas por todos los costados, avanzan. Aquí en el Dahar, ¿qué hacen, Bahía, los hombres que se disponen a atacar un oasis donde reposa una caravana o donde les aguardan sus enemigos?

—Aguardan a que las sombras de la noche caigan.

—¿Qué más?

—O que el amanecer coja fatigados en el duermevela a los centinelas para atacar por sorpresa también.

—¿Qué más?

—Para enardecerse y sembrar el pánico en los que van a ser aniquilados describen rápidos círculos alrededor del punto de ataque, gritando los clamores de guerra.

—Eso es. ¿Quiénes eran los hombres del Dahar que nos vieron hace unas horas?

—Eran los beduinos de Dragut que debían venir de efectuar una “razzia”.

—Nos habrán juzgado inermes caminantes, o informados por Bedra nos supondrán exhaustos y completamente a su merced. Vendrán cuando la noche no tenga más luz que la de la luna, o al amanecer, cuando cuenten con hallarnos amodorrados y entumecidos de miembros.

—Sí. Atacarán, porque han visto que sois blancos y ya Dragut sabrá que vuestra audacia os ha impulsado a lo que ningún blanco osó hasta que tú apareciste en mi senda. Entrar en el Dahar.

—Vendrán y describirán sus círculos galopantes… Y entonces

recibirán la lección del Caribe.

—Quiero que me enseñes lecciones occidentales, capitán Lezama.

—No tengo inconveniente, Bahía. Para asustar y encoger el ánimo de sus enemigos, los hombres del Dahar galoparán alrededor del oasis en desenfrenados círculos. Yo les he reservado tres Círculos de acogedora hospitalidad.

—¿Los hoyos diminutos?

—Son pequeños, pero vomitarán fuego y explosiones sembrando la muerte. Son barriles que contienen algo llamado pólvora, mezclada con guijarros y hierros retorcidos. Al encenderse el cordón negro que sujetan en cada hoyo grande uno de mis hombres, la llama se propagará con velocidad, mientras ellos galopan gritando. Y estallarán los hoyos, cogiéndolos entre un infierno doble de explosiones, ¿comprendes?

—Aguda treta-aprobó ella, infantilmente gozosa —. Tenía miedo de morir contigo, capitán Lezama, porque sé que al ellos vencerte, tú no permitirías que yo cayera viva en su poder.

—Mejor es vivir, niña. Los que de ellos queden vivos, recibirán la segunda mortal sorpresa, porque la primera hilera de mis bribones, les disparará sus pistolas mientras la segunda les lanzará sus puñales. Y los pocos que queden serán pocos enemigos para nosotros, en este oasis señuelo. Se cumplirá el refrán español que dice que, a veces, los que van a por lana, vuelven trasquilados.

—No os trasquilarían. Porque los beduinos tienen dos torturas especiales. Cortan primero las dos muñecas de los que apresan, y después les vacían los ojos, y los hunden lentamente en el “ferkelous”.

—¿Qué es el “ferkelous”?

—Arenas movedizas que comen hombres. Rodean Aïssa, que es la mansión de Dragut. Mi hermano, durante el camino, me contó muchas cosas de Dragut y Aïssa. Me dijo que debía hacerlo por si él perdía la vida, que ya pudiera entrevistarme con Dragut.

—Magnífico. Eres providencial, hermosa. Primero te maldije y ahora te tengo afecto.

—¿Qué es afecto?

—Amistad. Pero volvamos a lo nuestro. ¿Oíste hablar a tu hermano de si Dragut tiene cautivas?

—Sí tiene, porque negocia en rescates. .

—Escucha, Bahía. Nosotros nos hemos internado en el Dahar por dos motivos

—Por el tesoro que el amuleto y la carta os proporcionarían. Pero Bedra te robó el amuleto.

—Ya lo recuperaremos porque pienso visitar a Dragut, según los hombres que ahora mande. ¿De cuántas fuerzas dispone Dragut?

—Dos tripulaciones de velero. ¿Cuál es el otro motivo de que yo haya tenido la dicha de encontrarte en mi senda?

—La dicha ha sido mía, virgen del Aduar-dijo el Pirata Negro, sonriendo.

—Cuando en tus labios brilla la sonrisa, siento que en mi corazón cantan músicas de...

—Olvida la música, impresionable criatura del averno-dijo el Pirata Negro, entristeciéndose —. Necesito hallar una cautiva.

—¿Tu mujer?

—No lo es.

—No importa que lo fuese. El Corán permite cuatro mujeres; me contentaré con ser la cuarta.

—¡No es mi esposa, demontres! Es una niña que fué robada a su padre en una ciudad española llamada Málaga y ella tiene por nombre Ángeles de Amor.

—Bedra no me habló de ninguna niña blanca. Dragut sólo tiene una cautiva.

Sorprendíose la argelina al ver que el siempre taciturno corso, avanzaba impetuosamente el busto mirándola con ojos encendidos por repentino interés.

—¡Descríbeme esa cautiva!

Dijo Bedra que era blanca, de una región italiana, y que poseía unos ojos negros como el diamante de brillo.

Bruno Bronzo inclinóse y cogiendo una de las manos de Bahía, la besó. Asombrada y con el ceño fruncido en altivez desdeñosa, preguntó la argelina:

—¿Cómo se atreve tu esclavo a poner sus labios en mi mano, capitán Lezama?

—No es mi esclavo, sino un hombre libre como yo. Y si ha besado tu mano es porque es una costumbre occidental que significa alegría y también amor. Pero Bruno Bronzo ha besado tu diestra

porque le has comunicado una noticia que le ha alegrado.

—¿Yo no te he comunicado noticias a ti que te hayan alegrado?

—Sí-admitió el Pirata Negro.

Ella tendió su mano hasta colocarla contra los labios del Pirata Negro, quien besó uno a uno los gráciles dedos marfileños.

—Me gusta —dijo ella, sencillamente.

Apartó el Pirata Negro la mano femenina de sus labios.

—¿Tú sabrías conducirnos a Aïssa?

—Sí. Porque Bedra me explicó-y ella volvió a aplicar su mano contra los labios del Pirata Negro.

—Basta ya del juego, niña-rechazó él —. Estamos hablando de cosas muy serias de las que dependen muchas vidas. Ese "ferkelous" debe tener forzosamente pasos que permitan a los hombres de Dragut atravesarlo sin peligro.

—Los tiene. Bedra me los enumeró con mucho detalle, y, sobre todo, me citó uno que es el que entre una doble hilera de pequeñas palmas esconde el camino que conduce a una entrada por donde se penetra al interior de los departamentos donde mora Dragut.

Y quedó muy contenta Bahía cuando, al finalizar la frase, el hombre del perfil de halcón y la sonrisa cautivadora, cogió su mano y la besó espontáneamente.

* * *

La luna azuleaba en plateados fulgores las cimas de las palmeras que circundaban el oasis-señuelo.

Todos los tripulantes del "Aquilón" parecían dormir, pero, en realidad, sus cuerpos estaban tensos y vigilantes.

Bajo las capas ocultaban sus pistolas y puñales en espera del ataque.

Y en los hoyos, los siete artilleros especiales, no se separaban del extremo de la mecha junto a la que mantenían separada por centímetros una brizna encendida que renovaban continuamente.

Adosados al tronco de una palmera, Bahía y el Pirata Negro, en el centro del oasis, pensaban en cosas muy distintas.

Para ella todo su pensamiento se concentraba en el hombre que, sentado a su lado, era ya su obsesión.

Para él, en el horizonte inmenso de arenas sombrías por la noche, iban desfilando imágenes del pasado, y sobre todas ellas imperaba la figura de un niño de corta edad, pero robusta

constitución, que sabía imitar perfectamente la carcajada y los gestos del Pirata Negro.

Quiso distraer sus pensamientos el Pirata Negro.

—¿Conoces la razón por la cual abunda tanto esta parte del Dahar en lagos salados?

—Dice la leyenda que aquí hubo antes un gran mar, que era nombrado por Chott-Jerid el gran lago de los Tritones. Las ninfas fueron con sus conchas achicando la mayor extensión, pero fueron interrumpidas en su labor por la invasión de un guerrero al que apodaban Alejandro el Grande, y que iba hacia la conquista del gran valle de la Ciudad del Oro.

La voz armoniosa de la argelina destilaba en la noche un especial encanto. Prosiguió:

—Al ser perseguido por los Tritones, el conquistador extranjero fué mojando su gran capa en los pequeños lagos donde trabajaban las ninfas. Y mientras huía, su capa iba volviendo saladas las aguas de otros oasis, convirtiéndolas para siempre en estériles, así como las palmeras de los “chotts” que antes de su paso eran oasis de agua dulce y jugosos dátiles.

—Bonita leyenda.

—Tiene más continuación y no es leyenda, capitán Lezama. Ocurrió... porque, si no hubiese ocurrido, ¿cómo me lo habría contado mi madre, que nunca mentía?

—Bien. Ocurrió. ¿Y qué pasó después?

—Los Tritones quisieron remediar la agonía de los caminantes que, creyendo encontrarse con oasis de aguas dulces, caían extenuados en un chott. Y por eso le envían los espejismos.

—Siempre es un consuelo.

—Siempre es bueno soñar ahuyentando pesadillas-dijo ella suavemente, reclinando su cabeza contra el hombro del Pirata Negro —. Desde que los Tritones lo mandaron, llegan a los chotts pájaros de plumajes de miles colores que alegran las pupilas de los agonizantes, que ve acudir manantiales, verdes praderas, caravanas y toda la fantasmagoría de los espejismos.

—Narras bien, virgen del Aduar.

—En mi tienda de Argel la Blanca gané muchas monedas contando los sucesos de nuestra historia. Yo conozco muy bien las costumbres de todos los poblados de Ifrikia.

—¿Sí? Háblame de los tuaregs.

—Son muy crueles. Te contaré sus costumbres, pero, para evitarme el mal de ojo tú me comprarás la mano de oro de Fátima, y harás que graben en ella tu nombre y el mío en letras de coral. ¿Me lo prometes?

Tan pronto pueda, tuya será la mano de oro con nuestros nombres.

Y ahora háblame de los tuaregs. Me resultan interesantes e inquietantes.

—Son llamados también Imochang, y cada uno de ellos es un targui. Son bereberes de raza pura divididos en cuatro grandes grupos o tribus: la primera es la de los Azjer o Kel-Azjer al noroeste de la meseta de Tassili, donde moran. La tribu segunda son los Ahaggar, Kel-Ahaggar u Hoggar, que viven al noroeste en el macizo de. los mismos nombres. La tercera tribu son los Air, Kel-Air o Kel-Ui al sureste en el macizo de Asben, y la cuarta tribu la componen los Auelimiuden, al suroeste, en la posesión montañosa del Aderar y en la porción plana del Ahauagah.

—Eres muy instruida, niña.

—Mi padre era amigo de los tuaregs, hasta que esos lo despellejaron vivo porque osó seguirles un día hacia sus mansiones, que es cosa vedada a quién quiera no pertenezca a su raza, porque los tuaregs viven en tierra suya y prohibida a los demás.

—¿Y esa tierra qué límites la confinan?

—Primero es una barrera de terribles soledades desérticas. El pueblo targui forma entre el Irrikia del norte y la central un inmenso cuadrilátero que el trópico de Cáncer divide en dos mitades casi iguales y que los hombres de cartas y letras llaman la meseta central del Dahar Sahara. Y por eso las dos primeras tribus que te cité son los tuaregs del Norte y las otras dos los del Sur, pero es carácter común en las cuatro el haber adoptado como refugio de su independencia y hogar de sus libertades un sistema aislado de montañas en el centro del Sahara y cuyo perímetro se encargan los tuaregs nómadas de vigilar, porque es tierra donde nadie ha penetrado jamás o al menos nadie ha regresado con vida.

La mano de la argelina se apoyó mientras hablaba en la boca del Pirata Negro, que la besó para no contrariar la luz suplicante que reflejaban las grandes pupilas de Bahía.

—Todos los tuaregs tienen en sus tribus peculiaridades. Los azjer y hoggar se subdividen en tribus nobles, que toman el título de ihaggaren y tribus esclavas llamadas imghad. El amghar es el jeque de todas ellas. Los hoggar son irascibles y arrebatados, tan temibles como sus desiertos áridos y sus montañas agrestes y desnudas.

—Siempre se destaca en avanzadilla a los más peleones.

—Los kel-ui tienen más sutilidad y un carácter más dulce y detestan a los ahaggar porque, por mezclarse con las mujeres negras de la raza goberana degeneran el tipo racial. Pero todos ellos tienen un carácter físico que les hace reconocer en seguida. Andan con lentitud y a grandes pasos, con la cabeza muy erguida, como la serpiente que se dispone a morder.

—¿Qué armas emplean?

—A la lanza y el sable, añaden un largo cuchillo fijado en su vaina en el antebrazo izquierdo. También llevan un escudo redondo fijado con correas al antebrazo derecho. Les llaman los "piratas del desierto".

—Por todas partes hay, pues, piratas.

—Ostentan un bigote largo, y en la parte superior de la cabeza, cuyos contorno están rapados, tienen una mata de pelo con los que se hacen una trenza. Su vestido consiste en un gran lienzo llamado jeba, muy ancho, de color blanco en las dos tribus del Norte, y negro en las del Sur. Bajo el jeba llevan un ancho pantalón que les queda fijado a los muslos por correas de pelo de camello. Llevan cubierta la cabeza con un bonete alto llamado chachia, fijado por una pieza arrollada a la manera de un turbante y uno de cuyos cabos se dejan caer sobre la cara a fin de esconderla toda menos los ojos: es el velo llamado litham.

—Parece como si hubieras vivido entre ellos... o fueras espía de ellos, hermosa-dijo el Pirata Negro mirándola de repente con cierto recelo.

Recordaba que el amuleto, al parecer robado por Bedra, podía también interesar a los tuaregs.

—Todas las noches, después que mi padre murió, soñé con los tuaregs. Y para siempre ha quedado grabada en mis sienes la imagen de esos chacales del desierto que pelean entre sí cuando no tienen con quién pelear. Cuando halles a la niña cautiva, vete lejos del Dahar, capitán Lezama, que yo no quiero que los tuaregs te

cojan preso.

—Yo tampoco lo quiero. Cuando el sol quema, cielos, horizontes y arenas parecen convertirse para mí y mis hombres en masas algodonosas y quemantes que son una inmensa cárcel blanca. Pero lo que empiezo siempre, debo terminarlo, virgen del Aduar.

—Si quieres dormir, yo velaré tu sueño.

—Prefiero velar el tuyo, hermosa, porque... ¡Tate! Tenemos visita.

Saltó en pie apenas hubo acabado de hablar. Su torso desnudo se pobló de acerados músculos mientras desenrollaba de su cinto la larga correa del látigo rompecabezas.

—¡Quietos todos! —ordenó a sus hombres—. Y tú la primera, Bahía. Protégete tras el tronco de esta palmera. Va a estallar pronto el infierno que les tengo preparado a los beduinos que se acercan.

—Quiero ir contigo a...

Pero la mirada del Pirata Negro influyó en el repentino silencio con el que Bahía sumisamente arrodillóse tras la palmera...

Como si surgieran de la arena, tras las altas dunas iban coronando las cimas pequeños caballos de negro pelaje y largas crines flotantes y también algunos “meharis”, los veloces camellos resistentes.

El círculo de beduinos avanzó ordenadamente a todo galope y con maestría se disgregó a unos cincuenta metros del oasis, donde empezaron a formar la noria galopante en la que, lanzando aullidos terroríficos, iban dando vueltas alrededor de la caravana aparentemente dormida.

—¡Mechas! —clamó el Pirata Negro que dió la señal convenida haciendo restallar vigorosamente el látigo.

Unos rastros luminosos fueron fosforescentes a trazar lenguas de fuego que lamían la arena corriendo hacia el círculo más lejano.

Cuando ya estaban pasando bajo las patas de los corceles montados por los ululantes jinetes, restalló por segunda vez el látigo el Pirata Negro.

Otros rastros de fuego fueron correteando bajo la tenue capa de arena que cubría la mecha hacia el círculo más cercano...

Los beduinos, en alto sus alfanjes y gumías, acrecentaban los gritos con los que, además de intentar asustar a los que suponían agotados por la larga caminata y el miedo, se excitaban a sí

mismos...

Y, de pronto, pareció que la tierra se agrietaba arrojando llamas y en estruendosas salvas obligaba a encabritarse a los caballos, que mordidas sus carnes por la metralla, se desplomaban o enloquecidos por el pánico de los estallidos y las heridas arrojaban de sus sillas a sus jinetes.

Las nubes de pólvora aureolaron el destrozo entre las filas de beduinos, que cogidos entre dos círculos de metralla, iban derrumbándose como peleles.

Algunos lograron evadirse del cinturón de fuego explosivo, abalanzándose contra el oasis.

Las pistolas de los piratas, hasta entonces espectadores indiferente, culminaron la labor, y la derrota completa dejó encima de las arenas multitud de cadáveres.

Los caballos malheridos, piafando y relinchando dolorosamente, fueron huyendo a través del Dahar en carrera postrera sin jinete...

El Caribe había vencido por completo al Dahar...

—¡Cuadro! —gritó de pronto el Pirata Negro.

Aunque extrañados, sus hombres obedecieron prontamente la orden de combate más urgente. La orden que significaba que un peligro abrumador acababa de presentarse.

Vieron que las lomas de las dunas se cubrían de nuevos jinetes. Todos llevaban el rostro velado por negro lienzo...

—¡Los diablos de las montañas! —gritó Bahía.

Destacóse del grupo de jinetes uno solo, que al extremo de su espada en alto llevaba un trapo blanco.

—Quiere parlamentar —advirtió Bahía, colocándose junto al Pirata Negro.

—No fío de parlamentarios-dijo el Pirata Negro.

—¡Es el caíd Zorreig! —exclamó Bahía.

—¿En qué lo reconoces si lleva sólo descubiertos los ojos?

—En su albornoz de estrías de oro puro...

Avanzó el Pirata Negro hasta el borde del oasis, solo, y con el látigo colgando de su diestra.

El caíd Zorreig descabalgó y, solemnemente, anduvo con largo paso hasta enfrentarse con el Pirata Negro.

—Has vencido a mis enemigos irreconciliables con los diablos de las montañas, hombre blanco. Tienes para mí vida salva.

—Tú puedes tenerla también si te vas o vienes con buenas intenciones —replicó el Pirata Negro.

—Perseguía yo de lejos a esos hombres para matarlos. Tú te anticipaste, hombre blanco.

—Lo fuiste tú también, caíd Zorreig. Eres español...

—Pertenece al pasado, audaz aventurero. Observa que mis hombres son muchos más que los tuyos.

—¿Presenciaste la rapidez con la que fulminé a los beduinos de Dragut?

—Lo vi.

—Ten, pues, buena memoria. Muchos son tus diablos, pero hay círculos de pólvora prontos a estallar al menor intento tuyo de atacarnos. Yo no tengo cuentas contigo.

—Tampoco yo. Venciste a los beduinos de Dragut y no podemos, pues, ser enemigos. Ellos han matado a mi hijo Tagarga y quiero vengarme. ¿Por qué no te unes a nosotros?

—Viajo solo, caíd Zorreig.

—Yo acecharé la hora oportuna para caer sobre Aïssa. Pero



...hasta enfrentarse con el Pirata Negro...

necesito más hombres.

—Búscalos en el litoral. Los comprarás a buen precio.

—Si piensas seguir andando por el Dahar, te conviene mi amistad.

—No la quiero, caíd Zorreig. Tengo por norma no meterme con

quien no se mete conmigo. Imita mi prudente actitud.

—A nadie le ofrecí como a ti lo he hecho, mi buena, voluntad.

—Acepto de ella la porción buena.

—Me miras con cierto desprecio y tus labios tienen mueca de insolencia.

—Me acuerdo de que siendo español preferiste convertirte en un ensabanado salvaje.

El caíd Zorreig envainó lentamente.

—En el libro de tu destino existe posiblemente una página en la que dice que rechazaste la amistad de un jefe poderoso y esto te ocasionó grandes calamidades.

—Hablemos a la española, caíd Zorreig. Deja en paz el libro de mi destino y sigue tu camino. Tu cometido actual reside en alejarte de este oasis, donde la ventaja está de mi parte, y prepararte para vengar la muerte de tu hijo.

—En el Dahar no puede oírse una voz de blanco mandando a los demás.

—Hora era ya de que yo lo hiciera. Ya hemos hablado suficiente, caíd Zorreig.

—No me hagas perder los estribos.

—Tú llevarás estribos, pero yo no soy ningún caballo ni asno. No los llevo ni los pierdo a destiempo.

—Te arrepentirás algún día de haberme hablado así.

—El tiempo lo dirá. Y ahora vuelve a tus dominios, español, renegado, porque esos son los míos y aquí mando yo.

El caíd Zorreig volvió a montar. Permaneció unos instantes mirando al Pirata Negro que, con los puños apoyados en las caderas le sonrió con mueca sarcástica que nada tenía de amistosa.

—Vete, Zorreig. Porque te llaman jefe de diablos montañeses, y me temo que si prolongas tu examen de mis rasgos faciales, vas a volver a las montañas convertido en pedacitos infernales, así como tus hombres. Me estoy mordiendo la lengua para no dar la orden de que las mechas empiecen a funcionar…

El caíd Zorreig alzó la diestra presentando dos dedos, el índice y el medio abiertos en horquillas…

Espoleó su caballo y pronto las lomas quedaron desnudas de jinetes. Los diablos de las montañas se alejaban…

Fueron visibles lejos y convertidos ya en minúsculos puntos en

el horizonte bañado de luz lunar.

—Te ha maldecido-susurró Bahía, temerosa —. La peor de las maldiciones. Te deseaba muerte lenta que durase dos lunas de tormento.

Abrió los dos dedos el Pirata Negro en horquilla, examinándoselos sonriente.

—¡No hagas eso! —imploró ella, asustada.

—Escucha, niña supersticiosa. Debes comprender una cosa. Si tan fácil fuera eliminar enemigos, ya no quedaría nadie vivo en el mundo, porque todos abrirían sus dos dedos deseando miles de torturas para el vecino.

—Ellos podían haberte atacado, y tus mechas habían ya funcionado. ¿Te quedaban otras?

—No. Pero ellos no lo sabían y enterarse de si las había o no, les resultaba peligroso. Así lo comprendió sagazmente Zorreig.

—Ahora está deseoso de vengar la muerte de su hijo Tagarga. Pero cuando haya vencido a Dragut vendrá a por ti.

—No le haré esperar. Antes quiero yo hablar con Dragut. ¿A qué distancia estamos de Aïssa?

—Cinco horas a lomo de caballo.

El Pirata Negro acaricióse el bigote, pensativo. Al fin, sonrió:

—Tú eres mi guía, Bahía. Emprenderemos un paseo a la luz de la luna. ¿Te gustará?

—Contigo todo me gusta-dijo ella, fervorosamente.

El “Pirata Negro” se alejó y a sus silbidos acudieron veloces “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”.

—Atended, valientes. Volveré mañana, pero mientras dure mi ausencia quiero tener la seguridad de qua este oasis es nuestra fortaleza. Disponed las cosas para que dos nuevos círculos de pólvora rodeen esta zona. Y dormid como las liebres, con un ojo, para que no nos cacen como conejos.

“Cien Chirlos” agachó la cabeza, frotándose la puntera de una bota con la suela de la otra.

Sonrió el Pirata Negro, conocedor de la sencilla psicología de su lugarteniente preferido.

—¿Deseas saber dónde voy, guapetón? A visitar a Dragut. No hay peligro. La argelina conoce un camino tranquilo que nos llevará al sitio donde sólo habita el mahometano. Pienso traérmelo hacia

acá, además de quitarle lo que me pertenece. El amuleto y la carta.

CAPITULO IX

Julia de Groschetti

Dragut cumplía con su ritual mahometano, dedicándose una hora antes del amanecer a abluciones prolongadas, después de efectuados sus rezos invocando la ayuda de Alá.

Las largas siestas le capacitaban para dormir escasamente cinco horas por las noches.

Al tomar posesión de Aïssa, después de hundir en el “ferkelous” a los bereberes que en ella moraban pacíficamente, instituyó la costumbre del primer califa que se hizo construir el edificio de escalonados cubos de grises, azules y negros colores.

Ocupó él solo la torre alta, dejando para sus dos tripulaciones en reposo los otros dos edificios que descendían hacia el “ferkelous”.

Considerando que Julia de Groschetti era un tesoro, no quiso encerrarla en mazmorra custodiada por sus beduinos, sino que la encerró él mismo celosamente en una habitación de sus propios lares.

Cuando oyó pasos en el largo corredor de mayólicas y calados arcos de mármol y marfil, frunció el ceño dispuesto a recriminar acremente al que sin ser llamado venía a molestarle.

En el gran arco de entrada a su habitación, apareció una mujer de juvenil y atractiva presencia.

Una argelina de escasos años, pero de perfecciones corporales tan agraciadas, que el mahometano, dominado por su extrañeza, perdió por unos instantes la capacidad de prorrumpir en imprecaciones...

—Soy Bahía, hermana de tu siervo Bedra... Mi hermano me dijo que si la soledad del oasis me daba miedo, viniera a cogerme bajo tu protección. Y he tenido miedo.

—¿Cómo has podido penetrar hasta aquí?

—Mi hermano Bedra me señaló el camino con muchas palabras que yo no supe comprender.

—¿Por qué no has venido con él?

—Suponía que ya había llegado aquí, Dragut. Te traía buenas noticias y un tesoro.

Los ojos simiescos del rostro bestial del mahometano se encandilaron. Avanzó unos pasos… y Bahía se estremeció, aunque una cercana y oculta presencia le dieron ánimos.

—Si el tesoro eres tú, ya no tengo ansia por saber las noticias que Bedra me trae.

—Mi hermano Bedra arrebató a un blanco aventurero un amuleto.

—¿De qué amuleto se trata?

—El Askry. Aquel que lo posea encontrará la luz mágica que le llevará al pozo donde se acumula el tesoro de Haroun-el-Raschid.

—¡Imbécil es tu hermano que no ha venido aún! Lo haré azotar como a un perro sarnoso. Ven aquí, paloma.

Bahía vaciló, pero de nuevo le reconfortó la cercanía del que, acompañado por Bruno Bronzo estaba en el largo corredor por donde ella había llegado ante Dragut.

—¿A qué esposo perteneces?

—¿Para qué deseas saberlo, Dragut?

—Porque ordenaré que lo maten. Tú serás mi esposa.

—Soy virgen del aduar, y no tengo esposo.

—Acércate más…

—No puedo…

—¿Acaso te asusto? —dijo él con orgullo—. Ya sé que mis hazañas y valentía impresionan a las bereberes.

—¡No te acerques! —gritó ella—. Me das asco…

Dragut enrojeció de cólera y su mano asió por el cuello a la argelina, mientras desenvainaba su gumía en alto encima de la cabeza femenina.

—¡Perra esclava! —bramó, enfurecido.

Dió un respingo al sentir en su hombro la presión de una mano que fuertemente le obligó a volverse y soltar el cuello de la asustada argelina.

—Hola —dijo secamente el Pirata Negro.

Dragut tuvo un instante de sorpresa mientras contemplaba el torso denudo y bronceado del hombre que, látigo en mano, le miraba ceñudo.

Se repuso e iba a gritar en demanda de auxilio, pero sus labios quedaron cerrados por la puñada que en ellos asestó con la zurda el Pirata Negro.

La violencia del golpe hizo retroceder a Dragut...

Se dispuso a lanzar su gumía pero con un silbido el látigo se arrolló alrededor de su cintura aprisionándole contra ella los dos brazos y manteniéndole inmóvil.

Dió el Pirata Negro un brusco tirón encerrando aún más la presión de la aceitosa correa y Dragut cayó al suelo...

—Si abres la boca para gritar, te corto la lengua y te obligo a comértela, Dragut-anunció el Pirata Negro avanzando y colocando la suela de su bota en la garganta del derribado mahometano.

Los ojillos del pirata se movieron angustiosamente en todas direcciones. Vió junto a la argelina a un alto individuo que, despojándose de sus vestiduras árabes, aparecía en ropaje de europeo...

—Enviaste a tus beduinos a matarme con mis hombres. Ninguno de ellos regresará. Ahora vas a replicar a mis preguntas con inteligencia. No busques mentiras, porque no las soporto, y te pisotearé como a una alimaña a la que tu garganta emita falsedades.

—Pregunta —susurró el mahometano.

—Busco a una cautiva blanca. Una niña llamada Angeles de Amor y que fué raptada de la ciudad española de Málaga hace unos años. ¿Quién la raptó?

Dragut pasóse la lengua por los resecos labios...

—¡Habla! —y acompañó el Pirata Negro su apremio con una presión de su bota en la garganta del mahometano cuyo rostro fué adquiriendo un tono violáceo.

Respiró Dragut entrecortadamente con avidez de aire cuando la bota cesó en su presión.

—Yo... rapté a la niña de Málaga...

—¿Dónde la tienes encerrada?

—Mis beduinos la traían a Aïssa... cuando las sombras blancas les mataron...

—¡Mientes!

—¡No, no, por Alá te juro que digo verdad! Los tuaregs exterminaron a mis beduinos. Fué hace cuatro años... Hallé los cadáveres mutilados de todos mis hombres pero ningún rastro de la niña de Málaga. Ellos se la llevaron.

—¡Maldito seas! ¿Qué tribu tuareg era?

—Un nómada me dijo que eran los Hoggar.

—Bien. Vayamos a otra pregunta. ¿Conoces dónde está el Pozo Mágico?

—Está en la Tierra Prohibida del pueblo del Litham. Pero su emplazamiento nadie lo sabe.

—¿Seguro? —y la bota del Pirata Negro presionó la garganta del mahometano.

—¡Por... Alá... juro que no sé!

—En mi oasis hablarás con más calma. Otra pregunta. ¿Tienes en tu poder a una cautiva blanca llamada Julia de Groschetti, duquesa de Trajetto y condesa de Fondi?

—Allí la encierro... —y ladeó la cabeza Dragut señalando una gran puerta de madera labrada con incrustaciones de marfil.

El Pirata Negro inclinóse para estrujar un extremo de la capa del mahometano.

Introdujo el amasijo de trapo en la boca de Dragut.

—Ya has hablado lo suficiente, mico repugnante.

Tendió el Pirata Negro el extremo de su látigo a Bruno Bronzo que temblorosas las manos cogió la empuñadura.

—Calma, corso-aconsejó el Pirata Negro —. Conserva inmóvil a este amigo y que Bahía vigile el corredor.

—¿Vas a visitarla... capitán Lezama? —preguntó el corso, lívido el semblante.

—Creo necesario y muy conveniente que sirva de mediador, corso. Él la debe prepararse a recibir tu visita. La has venido a rescatar pero si entrases ahora... me temo que ella te mataría.

—Así lo espero-dijo sombríamente el corso.

—Escucha, Bruno Bronzo. Hay suficientes pequeñas tragedias en esta vida, para que tú dramatices anticipadamente. En esta ocasión, más prefiero servir de intermediario y lograr que ella te perdone.

—Pero... ¡yo no me perdono!

—Después... allá tú.

Y el Pirata Negro se dirigió hacia la puerta, tras la que estaba encerrada la belleza italiana cantada por los poetas…

* * *

Julia de Groschetti también se levantaba antes de que el amanecer iluminase Aïssa.

Por una concesión especial de Dragut, había logrado rimeros de papel y afiladas plumas de ave, que con el aditamento de una tinta espesa obtenida en los mercados argelinos, le servían para aminorar el tedio de su cautiverio.

Estaba escribiendo una descripción de los paisajes que la habían visto desfilar bella y ensalzada por todos allá en su lejana Italia, cuando depositó la pluma en el tintero, mirando hacia la puerta.

Acababan resonar unos tenues golpes, y la madera se abrió…

Julia de Groschetti, velado el rostro, plasmó sin embargo la evidente sorpresa en la dilatación de sus maravillosos ojos negros…

Sin habla, creyó sufrir una alucinación examinando al individuo que, cubierta parcialmente su larga cabellera negra por un pañuelo rojo, y desnudo el torso musculoso, se inclinaba respetuosamente.

—Consentid que os decline quien soy, señora. Me conocen en estas latitudes por el nombre de capitán Lezama.

Julia de Groschetti tenía en sus ojos un caudal de expresión y a la primera sorpresa sucedió ahora en ellos una indiferencia de resignado abatimiento.

—En los dominios de Dragut un blanco no tiene entrada. Sólo puedes ser un pirata amigo del mahometano y renegado.

—Suponed que haya entrado sin el consentimiento de Dragut.

—Entonces… eso no altera tampoco mi situación. He cambiado de carcelero, pero no de cárcel.

—No os precipitéis, señora. He residido en tierra italiana lo suficiente para hablar tal lenguaje y conocer el impulsivo carácter de sus habitantes. Pero vos sois la inteligente duquesa de Tajetto y además condesa de Fondi. No juzguéis por las apariencias.

—Ningún blanco atraviesa el Dahar si no es pirata amigo de esa turba de criminales bereberes. Los aros de oro que penden de tus orejas…

—Los hombres de mar usamos estas puerilidades caprichosas.

—Tu pañuelo rojo…

—Disimula la sangre de las heridas y mojado refresca mi cabeza.

—Tu rostro habla de dominante temperamento y hay cicatrices en tu piel.

—Elegí el combate porque hace olvidar cicatrices del alma, señora. No os negaré que antaño fui pirata y en el Caribe mi nombre llegó a ser conocido. El Pirata Negro soy.

Una luz de repentino interés sustituyó en los ojos de Julia de Groschetti a su anterior expresión de indiferente resignación.

—También sois conocido en mi tierra, capitán Lezama. Una napolitana amiga mía, Marisa d´Ambra, habló con nostalgia de vos[1].

—La recuerdo también con nostalgia, porque sonreía luminosamente y era encantadora. Hace años de aquello, señora.

—Pero Nápoles murmura vuestro nombre con agradecimiento, señor. Y ahora siento en mi alma una gran alegría. ¡Confío en vos! Y milagrosa considero vuestra presencia.

—Humana, muy humana, señora. Tardará aún en alborear. Podemos hablar con calma. ¿Me permitís que tome asiento?

Ella, dominando su impaciencia por averiguar los motivos de aquella providencial ayuda, señaló el escabel que daba frente a su sillón.

—No he oído rumor de lucha, capitán Lezama.

—No la ha habido. Los beduinos siguen durmiendo en sus aposentos.

—Entonces...

—Aquietad el miedo, señora. Por donde vine guiado por una argelina, nos iremos ocultos a cualquier mirada. Pero es que antes de ponernos en marcha, desearía oír el relato del por qué estáis cautiva.

—Para ello os tendré primero que hablar de un hombre que os es desconocido y al cual odio con toda la fuerza de mi ser.

—Odiar a nada conduce, señora. Atormenta a quien experimenta tal pasión. ¿A qué desconocido os referís?

—A un corso llamado Bruno Bronzo-y 1a voz de la italiana adquirió matices de contenido furor al añadir —: Por él aquí me veo... Pero os contaré cómo me acarreó la desgracia. Lo conocí en Roma. Era un caballero cortés, de buena familia, y que por espíritu inquieto, viajaba constantemente instalando academias de armas por los sitios en que residía temporalmente. Era un espadachín,

famoso...

—Los espadachines famosos suelen cimentar su fama a base de matar en duelo a infelices,

—Odio a Bruno Bronzo por lo que conmigo hizo, pero debo reconocer que su fama se cimentaba en las lecciones que daba, pero nunca a nadie retó y cuando le retaban se limitaba a desarmar a sus adversarios hiriéndoles levemente, para dar por terminado el duelo. Cuando le conocí en Roma, me cortejó pero con galante discreción del caballero de buena cuna. Le hice desistir, ofreciéndole mi sincera amistad.

—Cuando se pide amor, no compensa la amistad, señora.

—Porque me amaba ¿tenía yo que corresponderle? Lo cierto es que empezaba a olvidarle... y hasta creo que si él hubiese insistido, yo habría cedido y podría haber sido su esposa, cuando una noche desperté bruscamente.

Los ojos, único rasgo visible de la italiana, llamearon al recuerdo...

—Había escalado mi ventana, y manteniéndome atada me amordazó, llevándome a bordo de una lancha. Pude reconocerle antes de que cubriese mi rostro y mi busto con una capucha... Hubo un ataque... y cuando me liberaron de mis ligaduras, me vi en poder de Dragut.

—¿Fué en Fondi que ocurrió eso, señora?

—Sí.

—Mitiga eso la culpa que pueda tener Bruno Bronzo. Dragut y sus beduinos atacaron Fondi y una de las prendas que pensaban hacer erais vos. La fatalidad quiso que unas horas antes se anticipara Bruno Bronzo, y si no llega a cruzarse en el mar con la nave de Dragut, nunca habríais conocido el cautiverio.

—Parecéis tomar la defensa del corso.

—Le conozco. Y considero que su conducta tiene atenuantes.

Se puso en pie Julia de Groschetti con las manos engarfiadas a altura del velo que cubría su rostro.

—¿Venís en nombre suyo? ¿Os pagó por rescatarme?

—Antes os advertí, señora, que no os precipitaséis en vuestros juicios. Bruno Bronzo entregó toda su fortuna a manos de un banquero italiano para que sirviera para rescataros. Pero yo no he sido pagado por Bruno Bronzo, por la sencilla razón que el corso ha

venido a tierra africana para hallar la muerte que le redima de su culpa.

—¡Hago votos para que la haya encontrado y me evite así el dársela yo con mis propias manos!

Volvió a sentarse ella, pero su diestra, al pronunciar la exclamación de odio, palpó en su seno un contorno en el que le fué fácil al Pirata Negro reconocer una vaina conteniendo un puñal, cuya guarda hinchaba la altura del escote.

—Atended, señora. A mí no me pertenece enjuiciar, pero quizás yo en el caso de Bruno Bronzo hubiera actuado igual.

—¡No! Ningún caballero…

—Tener en cuenta que Bruno Bronzo estaba cegado por el amor que le inspiró el veros, y me confesó que si os raptó era para pediros en matrimonio, porque en el mar se agolpó en su alma el remordimiento. Yo sé cuando un hombre miente y os juro que Bruno Bronzo decía verdad cuando a mí me dijo que se disponía a quitaros las ligaduras y devolveros a vuestra casa de Fondi… Pero se interpuso la fatalidad bajo la forma de la nave del mahometano Dragut.

—He sufrido las angustias de un cautiverio y donde halle a Bruno Bronzo le daré muerte. Y ahora, capitán Lezama, vos dispondréis donde vamos, para cuanto antes perder de vista ese angustioso Dahar. Volver a mi Italia…

—Tened en cuenta, señora, que yo no he venido a rescataros.

—¡No os burléis de mi pesar!

—Nunca hice burla de las penas ajenas, señora. He dicho que tal misión de rescate no me pertenece, porque es misión exclusiva de Bruno Bronzo.

—Antes que recibir libertad de manos de él, prefiero morir en esta cárcel.

—Tened presente que si hallé vuestro paradero, fué porque Bruno Bronzo expuso su vida. Él perseguía el fin de rescataros. Yo el de hallar a otra cautiva.

—¿Dónde está Bruno Bronzo? —preguntó ella mientras su diestra se apoyaba en su seno encima del contorno del puñal.

—Bastante cerca, señora-dijo el Pirata Negro arqueando las cejas —. Pero antes de lo que veáis os quiero sugerir una idea. ¿Dormiríais tranquilamente en el futuro si vuestras manos

estuvieran manchadas de la sangre de un hombre cuyo principal pecado fué el amaros?

—Lo he de matar...

—Bien. Como queráis. Yo no pienso impedirlo. Pero sé que Bruno Bronzo es hombre de palabra y tengo yo hecho su epitafio, porque ha prometido que cuando os sepa camino de Italia, él mismo se dará muerte.

—No me basta. Y lo he de matar... con mis propias manos.

—Bien-y el Pirata Negro se levantó —. Es asunto ajeno a mi incumbencia pero permitidme que os diga que no esperaba en vos esa terquedad. ¿Por qué convertiros en criminal cuando él mismo pagará su excusable culpa dándose muerte?

Ella se puso en pie, y su voz casi fué un susurro:

—¿Os dijo él que yo era una, belleza?

—Sí. Y me basta con ver vuestros ojos tan sólo, para saber que no mintió.

—¿Os dijo que muchos poetas ensalzaban mi rostro?

—Cierto-dijo el Pirata Negro con cierta extrañeza.

—Pues... ¡Bruno Bronzo tiene que morir a mis manos por esto!

Bruscamente se arrancó ella el velo, descubriendo su faz...

El Piñata Negro reprimió una exclamación, retrocediendo impulsivamente sin poder dominar su pavor.

Los dos ojos inmensos y negros semejaban dos carbones encendidos, entre las rojas llagas mal cicatrizadas de un rostro purulento lleno de abultamientos de carne chamuscada.

En vez de nariz se veían dos orificios, y sin labios, la boca descarnada presentaba una mueca siniestra de blancos dientes en perpetua sonrisa de indecible fealdad.

Las orejas de Julia de Groschetti retorcíanse en múltiples repliegues rojos... Era el rostro de un monstruo...

Cubrióse ella de nuevo con el velo...

El Pirata Negro pasóse una mano por la sudorosa frente.

—Perdonad, señora. No pude reprimir un movimiento estúpido de asombro.

—No os excuséis. Sé ya que ningún hombre podrá mirarme sin sentir náuseas y horror. ¿Sabéis por qué mi faz es horrible? ¿Sabéis por qué ahora sólo puede ensalzarla un poeta amante de infernales visiones de delirio? ¿Sabéis por qué parezco un engendro de

pesadilla, yo que fui la más bella de las mujeres de Roma?

—Pensé primero en la lepra, señora. Pero no...

—No. Temiendo otra lepra peor... Temiendo la concupiscencia del mahometano Dragut, me desfiguré voluntariamente. Tan pronto le vi aproximarse a mí, y adivinando sus intenciones, apliqué a mi rostro la llama de una antorcha... Nunca más Dragut me miró como un hombre mira a una mujer deseable. Y, ahora, ¿seguís defendiendo a Bruno Bronzo?

Inclinóse el Pirata Negro en profunda reverencia.

—Señora, vos sois dueña del destino de Bruno Bronzo.

—¿Dónde vais?

—Hora es ya de que Bruno Bronzo se presente ante vos. Dentro de media hora abriré esta puerta y, quede uno o queden dos, emprenderemos el camino hacia mi oasis. Pero recordad tan sólo una cosa: yo no vine a rescataros. Tengo que cumplir otra misión semejante. Si matáis a Bruno Bronzo, os tendré que dejar en mi oasis vigilada por algunos de mis hombres, hasta que os pueda llevar a mi barco. Bruno Bronzo, en cambio, podría conduciros a mi bordo, y pronto estaríais en Italia.

—No quiero la salvación de manos de Bruno Bronzo. Hacedme un favor. No le digáis nada de mi rostro. Aquí le aguardo. Mucho tiempo he aguardado vengarme... y mis padres eran florentinos... La venganza no es sabrosa si no la rodea cierto aderezamiento.

—No es asunto mío. Os lo repito, señora. Bruno Bronzo tiene excusas... por haberos raptado... Pero ¡también vos tenéis excusas si le dais muerte!

El Pirata Negro volvió a inclinarse, y, abriendo la puerta, la cerró a sus espaldas, quedándose frente al corso, que sujetaba contra el suelo al mahometano amordazado e inmovilizado en la correa del largo látigo.

En el umbral, Bahía alternaba sus miradas vigilantes al corredor con otras hacia el hombre que obsesionaba su mente de virgen primitiva.

Por espacio de un minuto ambos hombres estuvieron mirándose. Al fin, el Pirata Negro avanzó y su bota se aplicó en la garganta del mahometano, cogiendo a la vez la empuñadura del látigo de manos del corso.

—Adiós, Bruno Bronzo. Ella te aguarda.

—¿Adiós?... —murmuró él.

Irguió la cabeza y, por primera vez, le vió sonreír el Pirata Negro. Una sonrisa henchida de amargura y decisión...

Tendió el corso la diestra, que e1 Pirata Negro estrechó.

—Adiós, capitán Lezama. Gracias por tu caballerosidad. Confío en que Julia de Groschetti hallará en ti protección hasta la costa.

Y el corso desapareció, tras abrir la puerta que conducía al aposento donde estaba encerrada Julia de Groschetti.

El Pirata Negro tiró de la empuñadura; y al brusco, impulso quedó en pie Dragut frente a él.

Las pupilas de Lezama se contrajeron mirando salvajemente al mahometano, contra cuyo rostro bisbiseó roncamente:

—Además de cobarde criminal, eres culpable de que una mujer sacrificara su más preciado tesoro: su belleza en defensa de su virginidad... Además, eres culpable de que un hombre que pecó por amor, no halle solución ahora a su tragedia. Voy a darte muerte, Dragut. Te dejaré elegir. Aunque la llama que destruyó la belleza de Julia de Groschetti es la que debería destruir tu fealdad de asesino. Estoy acariciando la probabilidad de darte a elegir entre morir asado lentamente o ir a los infiernos desmenuzado en pequeñas porciones.

Da pronto, el Pirata Negro frunció el entrecejo, zarandeando al mahometano. Lo soltó bruscamente, desenrollando la correa del látigo rompecabezas.

Dragut giró sobre sí mismo, desplomándose inerte

—¡Tate! —rezongó el Pirata Negro.— Estaba muerto cuando le icé.

Inclinóse para arrancar de entre los dientes del pirata mahometano el extremo de la capa que habíale servido de mordaza.

—Ya no gritarás, Dragut. Has tenido una muerte demasiado suave en proporción a la que te merecías.

Desde el umbral, Bahía expuso su parecer:

—Vi que se asfixiaba bajo la presión de la bota de tu esclavo, capitán Lezama.

—Ya te he dicho que no tengo esclavos, y que Bruno Bronzo era un caballero amigo mío. ¿Por qué, si viste que se moría ese hombre, no avisaste a Bruno Bronzo?

—Porque Dragut muerto, vale más que vivo.

El Pirata Negro se encogió de hombros, aproximándose al lugar donde se hallaba Bahía.

—Eres una filósofa, Bahía.

—No sé qué es una filósofa. ¿Te gusta que yo lo sea?

—Tal como eres, tienes el encanto de tu naturalidad. Y ahora, guardemos silencio, virgen del aduar.

—Guardo silencio, capitán Lezama. Pero... ¿por qué no nos vamos ya?

—Porque ahí dentro hay dos seres que tienen que resolver su destino.

* * *

Bruno Bronzo, apenas hubo cerrado la puerta, se adosó de espaldas a ella, incapaz de hablar ni de dar un solo paso.

Los grandes ojos negros de la italiana le examinaban llameantes. Sentada en su sillón, Julia de Groschetti guardaba un porte altivo, erguido el busto, contra el que apoyaba la diestra en el corazón.

—¿Qué te detiene, Bruno Bronzo? —prenunció con voz aguda—. No tuviste vacilación cuando viniste corno un rufián a raptarme, arrebatándome de mi vida tranquila para conducirme al peor de los tormentos.

Bruno Bronzo logró con un sobrehumano esfuerzo, avanzar unos pasos, con andar de autómata...

En silencio depositó sobre la mesa, delante de Julia, su espada, su puñal y su pistola.

—¿No quieres sentarte, Bruno Bronzo? Casi me apena verte titubear como un hombre que ha apurado demasiado licor.

—He apurado la hiel de un remordimiento que nunca cesa de atormentante, Julia.

—Tu voz tiene timbres de ronquera, Bruno Bronzo. Antes sonaba más elocuente y clara... ¿Recuerdas cuando me hablabas de tu amor?

Más que sentarse, el corso dejóse caer en el escabel que poco antes había ocupado el Pirata Negro.

—¿Por qué has dejado tus armas al alcance de mi mano, Bruno?

—Vine a rescatarte, Julia. Pero te pertenece el derecho de dar fin a mi vida.

—¿Piensas ahora ablandar mi odio con tu actitud servil?

—Si tú no me das muerte, yo me la daré cuando te haya dejado

en tierra nuestra. ¡Es atroz, Julia!

Con un ronco estertor de garganta, el corso cayó arrodillado, apoderándose de la diestra de Julia, que besó, manteniendo la cabeza inclinada.

—¿Qué es 1o que consideras atroz, Bruno?

Había inflexión amable en la voz de Julia de Groschetti

—¿Acaso tu certidumbre de morir pronto? —añadió ella.

Irguióse el corso, y de nuevo se sentó, mirando a la mujer de la cual estaba enamorado.

—Morir es ya para mí una merced, Julia. Dejaré de sufrir el remordimiento que ha ido mordiendo mi alma día tras día, noche tras noche. Me odias, Julia. Estoy por asegurar que me odias tanto, tanto como yo te amo.

—Mucho me amas, entonces.

—Tu imagen no ha cesado de ocupar mi mente, Julia.

—¿Recuerdas la trova que para mí compuso Conrado Conti?

—Sí-y el corso musitó:

“Reúne ella todos los encantos,
y es su hermosura de tal pureza,
que sólo un pintor de santos
puede no manchar su belleza.”

—Me reí entonces de tal trova, Bruno.

Y la risa melódica de la italiana hizo estremecerse al corso, que se llevó la mano a la garganta como para deshacer en ella un imaginario nudo que ponía brillo de humedad en sus ojos sombríos.

—No rías, Julia. Hay ahora en tu risa posos de amargura... y yo soy el culpable. Antes trinaban ruiseñores en tu carcajada.

—Antes... Siempre tuve una curiosidad, Bruno. ¿Qué era lo que en mi persona te enamoró más?

—Preferiría que me dieras muerte, Julia. Abrevia mi tormento... No te mofes de mi amor.

—Si pudiera creer que tu amor persiste, Bruno, antes de darte muerte quisiera que replicaras a mi pregunta.

—En ti amé a la perfección de perfecciones reunidas en una sola mujer. Porque a tu belleza unías un carácter dulce, comprensivo, y tu inteligencia era femenina y artística. Eras un sueño, el sueño de la esposa ideal.

—Me ha hablado de ti el capitán Lezama, y he dado crédito a

sus palabras, según las cuales se desprende que cuando Dragut abordó la lancha en que me raptaste te disponías a devolverme a mi hogar.

—Así era. Palabra de corso-dijo él, fervientemente.

—Supongamos que lo hubieses logrado. ¿Qué habría ocurrido entontes?

—Como ahora, mis armas te habría entregado. Y si hubiese obtenido tu perdón…, entonces hubiese suplicado que te dignases ser mi esposa.

Ella rió burlonamente con dejes amargos tras el velo que le cubría el rostro.

—¡Ojalá nunca sepas lo que es amar sin esperanza, Julia!

E impulsivamente el corso cogió el puñal, que dirigió contra su pecho. Pero la mano de Julia de Groschetti le retuvo el impulso suicida.

—Todavía no… —dijo ella, suavemente—. Te pregunté antes qué era lo que más te enamoró en mí porque siempre me molestó la idea de que los hombres sólo me apreciaran por hermosa..

—No es tu belleza, Julia. Más bien diría yo que lo que en ti fascinaba era tu belleza espiritual.

—¿Sí? Bellas palabras, Bruno Bronzo. La belleza espiritual de una mujer ningún hombre ha sabido ni nunca sabrá apreciarla. Hay muchas mujeres feas que tienen tesoros de ternura en el alma…, pero vosotros pasáis cerca de ellas indiferentes… Sólo amáis a las que primero os seducen por un rostro hechicero…

—No lo creo así, Julia. Pero abandonemos esta conversación. Afuera de esta puerta aguarda el capitán Lezama. Él te conducirá a la costa.

—Él mismo dijo que no corríamos peligro. Siéntate, Bruno. Te contaré un hecho que sucedió y del cual fui testigo. Una amiga mía, muy hermosa físicamente y muy espiritual sufrió un accidente. Su rostro se quemó… El hombre que juraba amarla, se apartó de ella como de una leprosa.

—Ese hombre no la amaba, Julia.

—¿No? —y ella se levantó, manteniendo la diestra hundida en su seno rodeando la empuñadura de su daga.

Por la ventana enrejada penetraban los primeros albores del día naciente.

Acercóse ella junto al corso, que se había levantado, sabiendo que ya había llegado su último momento.

Pálido, Bruno Bronzo sonrió tristemente.

—Hiéreme ya, Julia... Y olvida pronto el infierno al cual te llevé.

—¿No me deseas felicidades sin tregua, amada por un esposo que sepa rodearme de todas las ternuras?

—No puedo, Julia, porque te amo.

Bruscamente arrancó ella el velo que cubría su rostro, y el siniestro rostro de eterna sonrisa macabra quedó al descubierto.

Bruno Bronzo lanzó una exclamación de horror, y, retrocediendo como alucinado por una visión de pesadilla, cayó de rodillas, cubriéndose el rostro con las dos manos temblorosas...

La risa de Julia de Groschetti resonó agudamente.

—¿Y mi belleza espiritual, Bruno Bronzo? Es algo que no se puede besar. Y mi semblante causa asco... y horror

Levantó ella la daga con feroz decisión...

Procedente del exterior estalló un clamor de muchas voces excitadas que, rompiendo el silencio del alba, ensordecían los contornos, que iban iluminándose por los primeros rayos del sol naciente...

CAPÍTULO X

Sombras blancas

Bedra, tras dejar a su hermana Bahía al cuidad del botín robado a los tripulantes del “Aquilón”, emprendió el camino hacia la morada de Dragut.

Sentíase alegre y con un ánimo eufórico porque no sólo se merecería la confianza del mahometano, sino que, aun cuando el Askri y la carta no condujesen al tesoro, le pertenecía la séptima parte del botín conseguido al desvalijar a los blancos.

Además, la venta de Bahía a Dragut le proporcionaría una buena cantidad.

Detuvo su caballo en un pequeño oasis, para abrevarlo y comer algunos dátiles, que acompañó con unos sorbos de jugo de palma.

Se disponía a montar de nuevo, cuando se agazapó presuroso tras el tronco de una palmera, obligando a su cabello a tenderse.

Mantuvo prieto el belfo del animal entre sus dos manos para evitar que, relinchando, llamase la atención...

Bedra, con su único ojo útil, miraba como fascinado la sombra blanca que a dos centenares de metros se mantenía inmóvil, erguida la cabeza y sosteniendo por la brida al “mehari”, el veloz y resistente camello del desierto.

La lanza y el escudo redondo bastaban al nómada argelino para saber que la sombra blanca de rostro velado era un tuareg...

En una duna distante del lugar donde se hallaba el tuareg divisó Bedra, de pronto, otra sombra blanca...

También inmóvil, mantenía la misma posición que el primer tuareg. Ladeó el cuello Bedra, creciente cada vez más su inquietud.

Poco a poco fueron haciéndose visibles más sombras blancas, estáticas como estatuas plantadas en las arenas.

Pero la sombra de sus lanzas y sus “meharis” iban formando un anillo lejano, que rodeaba el oasis.

Había más amenaza en la inmovilidad de las figuras blancas que en cualquier ataque de ululantes jinetes de Dahar...

Bedra fue contando enloquecido las sombras blancas que, compactas ya, iban avanzando ahora saliendo de su inmovilidad.

El paso largo pero lento, la erguida cabeza donde bajo la chachia colgaba la trenza, acabaron de cerciorar al argelino de que los ahaggar eran los que se disponían a entrar en el oasis.

Le era imposible intentar el escape, no sólo porque los ahaggar sumaban más del centenar, sino porque no dudaba que había sido visto...

Bedra había oído contar a su padre que los tuareg eran aficionados a un malévolo pasatiempo, al parecer. Aunque no era una diversión, sino un cierto aspecto de su indiferente crueldad.

Muchas veces simulaban no darse cuenta de que un aterrorizado caminante extraviado se había apercibido de su presencia, y transitaban a su alrededor sin hacer el menor gesto amenazador.

Bedra vió entrar a los primeros ahaggar, que se acercaron al manantial sin dignarse mirarle...

En silencio fué poblándose el oasis de sombras blancas. Todas en silencio siguieron como ignorantes de la presencia del argelino.

Bedra, en pie, sin fuerzas para montar a lomos de su caballo, sintióse próximo al delirio.

Gritó, con clamor de angustia:

—¡Habladme, hombres del país del Litham!

Ningún targui le miró siquiera, como si fueran ellos fantasmas carentes de humanos oidos.

Bedra deslizó su diestra hacia su cinto dispuesto a darse muerte, antes que sucumbir a los refinados tormentos de las sombras blancas.

Una lanza cruzó los aires, incrustándose en su brazo derecho... Quedó vibrante, 1a fina asta...

Frenético, con la mano izquierda Bedra desenvainó su alfanje.

Otra lanza trazó un surco plateado en el aire, yendo a clavarse en su brazo izquierdo.

Aquel segundo golpe, que abrió, como el primero, su bíceps, mellando sus huesos, derribó a Bedra, pero sin privarle de sentido.

Incorporóse, intentando con sus manos arrancarse las lanzas.

Dos puñales se proyectaron al descender rápidamente dos targui sus brazos izquierdos, y el arma envainada en sus antebrazos fué a clavarse en cada una de las dos manos del argelino.

Y seguía planeando en el oasis el opresivo silencio y la indiferente actitud de las sombras blancas que iban dedicándose a los menesteres habituales en cualquier caravana nómada.

Abrevar sus meharis, recoger dátiles, sentarse a la sombra de las palmeras...

Sintió Bedra que su cerebro ardía, y repentinamente estalló en una carcajada de largas resonancias...

Varios targui giraron lentamente la erguida cabeza mirándole con cierta curiosidad. En sus ojos crueles alentaba la misma desdeñosa cólera fría que caracteriza la mirada de los meharis, henchida de maligno desprecio.

Bedra, arrodillado, atravesadas las manos por las hojas de los dos puñales y los brazos por las lanzas, reía con muecas nerviosas, llenos de lágrimas los ojos.

Su risa era incontenible, porque acababa de enloquecer y su cerebro no coordinaba.

Un targui se distinguía de las demás sombras blancas en un detalle. Su escudo redondo, en vez de tener una superficie lisa como los demás escudos de sus compañeros, tenía en resaltes formados por cobre varias letras grabadas: una palabra que decía "Dajmur".

Dajmur era el jefe de los nómadas ahaggar.

Y el cabecilla Dajmur habló con lenta entonación, henchida de guturalidades:

—Ese "rogui" ha muerto a la vida de los sentidos.

Bedra lanzó varias palabras entre carcajadas... Más tuaregs ladearon lentamente la cabeza, prestando oído.

—Mío... mío el tesoro de Haroun-el-Raschid..., porque yo poseo luz mágica... —y Bedra rió, descubriendo las encías, mientras se golpeaba el cubrecabezas.

Dajmur, al señalar al hombre arrodillado, mantuvo unos instantes su escudo horizontalmente.

Varios tuaregs, los que habían lanzado sus armas, fueron a recogerlas. Para quitarlas de las heridas, empujaron hacia atrás al loco, que en el suelo siguió riendo.

A su alrededor formóse un círculo de sombras blancas, inclinadas sobre él. Entre ellas estaba Dajmur…

Velada la luz del sol, Bedra murmuró:

—La noche…, pero yo tengo la luz mágica-y de nuevo se golpeó el cubrecabezas.

Un targui le arrancó el cubrecabezas, que tendió a Dajmur, cuyos morenos y flacos dedos hurgaron en su intento hasta extraer un objeto aplanado y un papel doblado.

Dajmur estudió en silencio ambos objetos.

—Dragut me dará mucho oro…, mucho…, porque yo le llevo el Askri… y él sabe dónde está el Pozo Mágico… Pero no tenía el Askri… Le faltaba el Askri…

A una señal de Dajmur, dos tuaregs cogieron al loco por los sobacos, poniéndolo en pie…

Poco después colgaba de los pies Bedra, suspendido de las bridas de su propio caballo de una palmera.

Alrededor de él, los tuaregs le miraban con indiferencia, escuchando sus divagaciones.

Hizo Dajmur otra señal media hora después, cuando ya Bedra había hablado profusamente del “ferkelous” y de Dragut.

Un targui levantó su lanza, mientras otro, armado de puñal, mutilaba atrozmente el cuerpo colgante. Cuando las mutilaciones cesaron, el targui, que manteníase inmóvil con su lanza en posición horizontal, la hundió en la frente del loco.

Dajmur dirigióse hacia su mehari. Hizo otra señal hacia el Norte, marcando la dirección de Aïssa.

Y las sombras blancas, al galope de sus meharis, abandonaron el oasis donde, colgando de los tobillos, pendía una informe masa sanguinolenta.

* * *

Al estallar el repentino griterío, abalanzóse el Pirata Negro hacia una ventana…

Comprobó que los clamores provenían de los aterrados beduinos que intentaban huir de un cerco de sombras blancas que a lanzazos les empujaban hacia otro cerco.

Más sombras blancas terminaban de rematarles con sus puñales, mientras otros tuaregs iban con sus alfanjes cercenando las cabezas de los heridos.

Palideció el Pirata Negro mirando a su alrededor... Bahía precipitóse en sus brazos.

—¡Los ahaggar! —bisbiseó ella, con los ojos dilatados por el pavor.

* * *

Julia de Groschetti, dispuesta a herir a Bruno Bronzo, refrenó su ademán al percibir los clamores de angustia y agonía que provenían del exterior.

Acercóse a la ventana, y las compactas filas blancas que se entregaban a una flemática matanza le revelaron el origen de los atacantes.

—¡Los tuareg! ¡Las sombras blancas! —gimió—. No hay esperanza de salvación...

Bruno Bronzo levantóse. No tenía conciencia de nada que no fuera la contemplación del rostro cubierto de cicatrices...

La boca antaño de labios bermejos y risueños, tenía ahora una mueca de sonrisa macabra y permanente.

Y lo que ocurrió hizo que el puñal cayera de manos de la aristócrata italiana.

Bruno Bronzo cogía entre sus dos manos febriles el rostro horrendo, y con devoción iba besando suavemente los torturados rasgos y costurones del semblante femenino.

Paralizada por la sorpresa, Julia de Groschetti permaneció sin habla e inmóvil, mientras el corso murmuraba, entre besos:

—Ahora serás mi esposa, Julia, y sólo a mí me pertenecerás. De nadie tendré celos, y a tu lado...

—¡Insensato!

Desprendióse ella, señalando la ventana.

—¡Ahí está la muerte, Bruno Bronzo! ¡Los tuaregs!

El corso sonrió, como si no hubiera oído.

—¿Quieras ser mi esposa, Julia? —y a la vez que hablaba se arrodilló—. Si me concedes el perdón..., si no me has matado..., ¿puedo aspirar a llamarte mi esposa?

Julia de Groschetti, inconscientemente cubrióse el rostro con el velo, y sólo quedó visible la maravilla de sus ojos negros.

—Levántate, Bruno Bronzo. ¿Acaso te ha enloquecido contemplar mi semblante? ¿No oyes los gritos de agonía...?

—Te quiero, Julia. Oigo los gritos, y tú me has dicho que los

tuaregs cercan Aïssa. No he enloquecido..., y déjame que en tu dedo coloque el anillo que un día compré y del cual nunca me he separado.

Levantóse, cogiendo la diestra, en la que colocó el anillo: un refulgente brillante.

—He pasado hambre y no renové mis vestiduras, Julia. Pero este anillo me acompañaba siempre. Si hemos de morir, ¿por qué no me perdonas? Que tu odio no me acompañe en el último instante.

Ella no apartó la mano que él mantenía aprisionada.

—Tienes razón, Bruno-y hubo cariñosas inflexiones en su voz —. Vamos a morir... Hace instantes le dije al capitán Lezama que en Fondi tenía yo deseos de recibir tu visita..., pero no de noche y como un... raptor, sino de día e insistiendo en tu declaración de amor. Porque habría consentido en ser tu esposa.

Él la abrazó con fuerza, besando su frente.

—Me has hecho feliz con tus palabras, Julia.

—Vamos a morir, Bruno. No permitirás que los tuaregs se apoderen de mí, porque me torturarían.

Él fué a coger su espada, y, desenvainándola, la mantuvo con la punta apoyada en el suelo, mientras besaba la mano de Julia.

—Por este instante, Julia, bendigo la muerte próxima...

* * *

Dajmur, cuando sus tuaregs hubieron terminado de exterminar a los beduinos, y de mutilar a sus mujeres, cuyos cadáveres destrozados dejaron colgantes de los escalonados jardines, señaló la torre alta.

Solemnes en su pausado andar de larga zancada, las sombras blancas se dirigieron hacia él lugar señalado por su cabecilla.

Recorrieron minuciosamente todos los aposentos donde por el enloquecido Bedra habían averiguado que vivía solitario Dragut.

Agrupáronse alrededor del cadáver de Dragut, tendido en medio de la vasta sala, y Dajmur, antes de dar una nueva señal, cercenó con su alfanje la cabeza de Dragut.

—Nadie más que los ahaggar poseerá el secreto del Pozo Mágico —dijo guturalmente el cabecilla.

Y a su señal fueron abandonando la sala las sombras blancas.

Instantes después, en sus meharis abandonaban Aïssa.

En el aposento donde yacía el cadáver de Dragut sin cabeza,

cuatro armaduras que una en cada esquina de la vasta habitación adornaban el ángulo de los muros resonaron con hueca vibración metálica, correspondiendo a un golpe procedente de una de las armaduras.

Eran corazas y piernas vacías de hierro pertenecientes a antiguos guerreros turcos.

La armadura de donde partió el primer golpe se movió como quebrándose por la cintura. Las recias manoplas guantelete se levantaron, colocándose encima del pesado casco empotrado entre las anchas charreteras de bronce.

El Pirata Negro tiró al suelo el casco, y tuvo que recurrir a toda su fuerza para liberarse y liberar a los tres seres que él mismo había introducido en el seno de las armaduras.

Bahía, riendo con muecas alegres, palmoteó con nerviosos ademanes.

—¡Se fueron los tuaregs!

—Pero se llevan mi amuleto-dijo el Pirata Negro, aproximándose a la ventana.

Julia de Groschetti dirigió los ojos hacia Bruno Bronzo, que en silencio vino a coger su mano.



Julia de Groschetti dirigió los ojos hacia Bruno Bronzo.

—Sigo deseándote por esposa, Julia. Pero no quiero arrancarte un consentimiento que me diste en ocasión de muerte. Sigues teniendo derecho de vida y muerte sobre mí. Mi vida y mi felicidad están en tu decisión.

—Pero... ¿deberé de nuevo apartar el velo de mi rostro? ¿No te

diste cuenta a qué ha quedado reducida mi faz?

—Siempre tú serás la más hermosa de las mujeres, Julia-dijo él, con sincera emoción.

La enlazó por la cintura, mientras Bahía, junto al Pirata Negro, murmuró:

—Él la ama. ¿Y ella?

El Pirata Negro pareció salir de su abstracción, y, apoyándose de espaldas a la enrejada ventana miró a los dos italianos.

—Hora es ya de que te marches, Bruno Bronzo. Acompañarás a la señora hasta el oasis, y allí tienes caballo. Te escribiré unas líneas para que te den diez hombres de escolta y puedas llevar a tu rescatada hasta la costa.

—¿Cómo podré nunca agradecerte cuanto has hecho por mí, capitán Lezama?

—Ya no eres el taciturno, corso. Que perdure la sonrisa en tu semblante.

—¿Os quedáis aquí, capitán Lezama? —interrogó Julia de Groschetti.

—Sí. Tengo un quehacer. Perdonadme unos instantes.

Entró Lezama en la habitación donde antes estaba cautiva Julia de Groschetti. Sentóse para escribir:

> "Curro Montoya:
>
> “Darás diez hombres de escolta a Bruno Bronzo para que le acompañen a él y a su prometida hasta la costa. Yo estaré ausente por unos días. Seguid manteniendo inviolable el recinto de mi oasis. En cuanto a la argelina, cuídala como a la niña de mis propios ojos. Es buena, y quiero dejarla en Kalaat-es-Saam, bajo la protección de Yag-Djema.
>
> ”Si mi ausencia se prolongase más de un mes, regresad al “Aquilón”, que será vuestro.
>
> *”Carlos Lezama.”*

Espolvoreó el escrito con ceniza y lo dobló para entregarlo poco después a Bruno Bronzo.

—Dáselo a “Piernas Largas”, corso. Y ahora, adiós, y feliz viaje.

Bruno Bronzo, en silencio, estrechó la diestra del Pirata Negro. Y Julia de Groschetti recibió emocionada el beso que en su diestra depositó Lezama.

La pareja dirigióse al umbral, entrando en el corredor.

—Adiós, Bahía. Hasta pronto. Irás ahora al oasis...

—Yo no voy a ningún sitio donde tú no estés.

El Pirata Negro tocóse el cinto, donde se anudaba su látigo.

—Me dolerá mucho, pero te azoto, virgen del aduar, si no me obedeces.

—Azótame, pero yo voy donde tú vas.

—¿Sabes acaso, dónde voy?

—Dragut dijo que los tuaregs habían raptado a la niña de la ciudad española. Tú buscas a la niña. Tú vas a ir en pos de los tuaregs. Y yo voy contigo.

—Me exasperas, Bahía. Eres un estorbo.

—Soy una ayuda, porque conozco la lengua de los del país del Litham.

—No inventes mentiras para...

—Yo nunca miento cuando quiero a una persona. Amé a mi padre, a mi madre, y nunca les mentí. Ahora te amo a ti, y no mentiré nunca. ¿No oíste como una sombra blanca hablaba delante del cadáver de Dragut?

—Oí unos graznidos guturales.

—Era un targui y decía que tan sólo los ahaggar sabían ahora el secreto del Pozo Mágico. ¿Ves como puedo serte de ayuda? Tú eres astucioso, capitán Lezama. Tú, desde la ventana, estuviste contemplando tres cadáveres de tuareg, muertos en su pelea con los beduinos.

—Uno de los cuales quedará sin ropas porque yo las vestiré.

—Yo vestiré otras, y en la Tierra Prohibida mi lengua dará más seguridad a tu disfraz, porque, si somos interrogados, yo contestaré en la lengua de los targui.

El Pirata Negro salió al corredor seguido por los precipitados pasos de la argelina.

—Dame el mensaje, Bruno Bronzo.

El corso tendió el papel doblado, y por encima de su hombro leyó Bahía las líneas que el Pirata Negro raspaba con la punta del puñal:

> “...En cuanto a la argelina, cuídala como a la niña de mis propios ojos. Es buena, y quiero dejarla en Kalaat-es-Saam bajo la protección de Yag-Djema.”

—Adiós, Bruno Bronzo. Adiós, señora. Bahía se queda conmigo... ¡porque donde hay una mujer bonita y terca, manda ella!

Cuando los dos italianos hubieron desaparecido por el camino que evitaba el mortal peligro del “ferkelous”, Bahía besóse los dedos y los aplicó en los labios del Pirata Negro.

—Gracias, mi dueño. Me has llamado “la niña de tus ojos”,

El Pirata Negro se aproximó a los tres cadáveres de tuaregs.

—El tiempo apremia, Bahía. Y quiero seguir el rastro de los que acaban de irse a lomos de mehari, hacia la Tierra Prohibida.

Ella inclinóse sobre otro de los cadáveres, despojándolo de sus vestiduras.

—¿Tú quieres muchos tus ojos, ¿verdad, capitán Lezama?

—Naturalmente-replicó con brusquedad el Pirata Negro.

—Gracias, mi dueño. Entonces, me quieres mucho.

—No estamos en situación de hablar de amores, virgen del aduar. Sólo tengo un pensamiento. Visitar la Tierra Prohibida.

El sol proyectó en la arena del Dahar las sombras alargadas de dos meharis en cuyos lomos dos sombras blancas azuzaban sus monturas a toda velocidad.

Muy lejos y ante ellos divisábase la nube de arena que levantaban las pezuñas de otros meharis montados por otras sombras blancas que al mando de Dajmur regresaban a la Tierra Prohibida, donde una leyenda jamás comprobada por blanco alguno hasta entonces situaba la existencia de una ciudad de ensueño: la Ciudad Invisible.



26

¡Dos héroes inolvidables!...

¡LAS LECTURAS PREDILECTAS DE TODOS LOS JOVENES!

EL PIRATA NEGRO

El mayor azote de los corsarios, los traidores y los delincuentes.

TITULOS PUBLICADOS:

1 — La espada justiciera.
2 — La bella corsaria.
3 — Sucedió en Jamaica.
4 — Brazo de hierro.
5 — La carabela de la muerte.
6 — El leopardo.
7 — Cien vidas por una.
8 — La bahía de los tiburones.
9 — El corso maldito.
10 — Rebelión en Martinica.
11 — Los filibusteros.
12 — La primera derrota.
13 — La dama enmascarada.
14 — Los tres espadachines.
15 — Los mendigos del mar.
16 — El Rey de los Zíngaros.
17 — Noches fantasmales.
18 — Montbar, el exterminador.
19 — La tumba de los caballeros.
20 — Frente a frente.
21 — Esclavitud y rescate.
22 — Deuda saldada.
23 — El holandés fantasma.
24 — "Mezzomorto".
25 — Mares africanos.
26 — Enemigos irreconciliables.

DIEGO MONTES

El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.

El descendiente de **EL PIRATA NEGRO,** cuyas hazañas son dignas de las de su antecesor!

¡UN HEROE ESPAÑOL LEGITIMO!

Si sois lectores de **EL PIRATA NEGRO,** no dejéis de adquirir los episodios de **DIEGO MONTES.**

TITULOS PUBLICADOS:

1 — El bandolero heroico.
2 — Claveles sangrientos.
3 — El toro.
4 — Malatesta.
5 — La duquesa y el bandolero.
6 — El galán de la muerte.

¡¡Coleccione los episodios de **DIEGO MONTES** y poseerá unos relatos emocionantes y vivos que leerá muchas veces!!

¡ADQUIERA SUS EJEMPLARES ANTES DE QUE SE AGOTEN!

64 páginas de agradable lectura, con ilustraciones, 3 pts.

EDITORIAL **BRUGUERA** BARCELONA

Notas

[1] Ver “El Corso maldito. < <